

VIII Certamen Nacional de Relatos

En mi verso soy libre

Relatos 2015

Coordinadores: Mariano López Oliver
Pilar Carrasco Lluch



Mariano López Oliver es maestro y pedagogo, dedicando su labor docente desde sus comienzos al alumnado en situación de desventaja que presenta necesidades específicas de apoyo educativo, como es el caso del alumnado de Aulas Hospitalarias. Ha desempeñado diferentes puestos profesionales relacionados con la educación, tanto en el ámbito de la docencia como en el ámbito de la gestión y organización. Actualmente es Asesor Técnico Docente del Servicio de Atención a la Diversidad, desde donde coordina las actuaciones del Área de Compensación de desigualdades en la educación, donde se enmarca la atención educativa al alumnado enfermo.

Pilar Carrasco Lluch es maestra, pedagoga y doctora por la Universidad de Murcia. Como docente ha trabajado en centro escolares, agrupaciones escolares en Francia, equipo de educación intercultural y Aulas Hospitalarias. Apasionada por los cuentos y su influencia en el mundo emocional del niño: realizó la tesis, diversas publicaciones en revistas especializadas en literatura infantil e imparte cursos de formación a docentes y padres, sobre este tema. En la actualidad es maestra en el Equipo de Atención Educativa Hospitalaria y Domiciliaria de la Región de Murcia, tutora del aula de oncología infantil del Hospital Clínico Universitario Virgen de la Arrixaca de El Palmar (Murcia). Es miembro del jurado y del Comité Organizador del Certamen Nacional de Relatos "En mi verso soy libre" desde su creación.

VIII CERTAMEN NACIONAL DE RELATOS

En mi verso soy libre

Relatos 2015

VIII CERTAMEN NACIONAL DE RELATOS

En mi verso soy libre

Relatos 2015

Coordinadores:

Mariano López Oliver

Pilar Carrasco Lluch



Región de Murcia

Consejería de Educación, Cultura y Universidades



Región de Murcia
Consejería de Educación, Cultura y Universidades

Promueve:

© Región de Murcia
Consejería de Educación, Cultura y Universidades
Dirección General de Calidad Educativa, Innovación y Atención a la Diversidad

Edita:

© Región de Murcia
Consejería de Educación, Cultura y Universidades
Secretaría General. Servicio de Publicaciones
www.educarm.es/publicaciones

Creative Commons License Deed



Los contenidos de este manual están bajo una licencia Creative Commons de tipo Reconocimiento No Comercial Sin Obra Derivada.

Usted es libre de Compartir - copiar, distribuir y comunicar públicamente la obra bajo las siguientes condiciones:

-  Reconocimiento- debe reconocer los créditos de la obra de la manera especificada por el autor o el licenciador (pero no de una manera que sugiera que tiene su apoyo o apoyan el uso que hacen de su obra)
-  No comercial- no puede utilizar esta obra para fines comerciales.
-  Obras no derivadas- no puedes alterar, transformar o generar una obra derivada a partir de esta obra.

Entendiendo que se puede renunciar a alguna de estas condiciones si se obtiene el permiso del titular de los derechos de autor.

Advertencia: esto es un resumen del texto legal (la Licencia completa) disponible en: 

Autores:

Alonso Palacios (prólogo)
Alumnado (relatos)
Juan Francisco Martínez (ilustración de cubierta)
Ilustraciones interiores (ver índice)

Imprime:

O.A. Boletín Oficial de la Región de Murcia

Primera edición:

Mayo 2015 - 1.500 ejemplares

ISBN

978-84-606-7768-0

Depósito Legal:

MU-418-2015

Este libro es el resultado de la selección de relatos del VIII Certamen Nacional de Relatos “En mi verso soy libre” 2015, organizado por:

EAEHD Equipo de Atención Educativa
Hospitalaria y Domiciliaria de la Región de Murcia.
Dirección General de Calidad Educativa, Innovación
y Atención a la Diversidad.
Consejería de Educación, Cultura y Universidades

**Comité Organizador del VIII Certamen Nacional de Relatos
“En mi verso soy libre”**

Dirección del Proyecto: Ana María Ferrer Mendoza
Secretaría del Certamen: Juana María Sánchez García
Presidencia del Jurado: Aurora Gil Bohórquez
Coordinación institucional: Mariano López Oliver

Índice

Prólogo	13
CATEGORÍA A	
01. Escrito en las estrellas	21
Salma Boutellaka Boutellaka	
Ilustración: María Moya Sánchez	
02. Una historia de brujas	29
Santiago Casado Spínola	
Ilustración: Pablo Manuel Morales Robles	
03. La princesa sapo	33
Ángela Rodríguez Redondo	
Ilustración: Isabel Martínez Nieto	
04. Magia personal	37
Lorena Flores Romero	
Ilustración: Salvador Roldán Jiménez	
05. El efecto secundario	41
Lucía Gutiérrez Fraile	
Ilustración: Loles Salas Pastor	
06. Mi sueño mágico	47
Ángel Otón Valle	
Ilustración: María Serrano Cánovas	
07. El mago Pepe	51
Laura Martín Najarro	
Ilustración: Monserrat Guirado Barbero	
08. Una aventura mágica	55
Salma Boutellaka Boutellaka	
Ilustración: Ascensión López López	

CATEGORÍA B

01. La magia en el País de Velondosnavia 63
 Antonio Acebal López
 Ilustración: Elena Giménez Águila
02. Las alas de Aurora 71
 María Escámez Moreno
 Ilustración: Ángel Palomo Cánovas
03. Los poderes de Elisa 77
 Adrián Covelo Martínez
 Ilustración: Antonio Moreo Sixto
04. Cosas de magia 81
 Isabel Andreu Peñalver
 Ilustración: Antonio Rosaura Sarabia
05. Un sueño en mi vida 85
 Sonia San Bartolomé Sánchez
 Ilustración: Chari Cámara Beviá
06. La tribu mágica 95
 Alejandro Sánchez Almagro
 Ilustración: Diego Lizán
07. Pako y los ratones confiados 99
 Carmen María Ros González
 Ilustración: Rosa Cerdán Bello

CATEGORÍA C

01. Eterno gris 107
 Judit Martínez Miras
 Ilustración: José David Morales
02. Los magos musicales 117
 Paula Azcona Garabito
 Ilustración: Nuria Noguera Nicolás
03. Raquel 121
 Irene Martín Peralta
 Ilustración: Verónica Cámara Beviá

04. Poderosa	127
Rebeca Oncu Elisabeta	
Ilustración: Martín Romero García de las Bayonas	
05. La verdadera magia	139
Laura Agudo Sáez	
Ilustración: Pablo Martínez Martínez	
06. Espadas y dragones	151
Pablo Saura Manzanera	
Ilustración: Adolfo García Martínez	
07. A mi amiga la magia	159
Anna Pérez Carreras	
Ilustración: Teresa Ruiz Maciá	
Aulas Hospitalarias participantes en el VIII Certamen Nacional de Relatos "En mi verso soy libre". Edición 2015	163
Agradecimientos	165

Prólogo

LA MAGIA DE LAS PALABRAS

Alonso Palacios

Las primeras frases que leí fuera de la escuela las recuerdo con nitidez a pesar de los muchos años transcurridos: *“Camineros. Córdoba-Valencia. Km 90”* y *“Viva el Celta de Vigo”*.

La primera, con letras mayúsculas en relieve, venía a confirmar que mi pueblo, Reolid, estaba en el mundo, aunque sólo lo supieran unos pocos.

La segunda, grabada con un objeto punzante bajo el puente de una vía por la que nunca llegó a pasar el tren, fue para mí un misterio hasta que inicié una colección de futbolistas que aparecían en el envoltorio de unos caramelos rústicos y empalagosos que no se deshacían ni a pedradas y que, por cierto, me dejaron sin conocer a un tal Venancio que jugaba en el Athletic de Bilbao, a pesar de invertir en el intento todos mis escasos ahorros.

En mi escuela no había más de una docena de libros, por lo que mi universo literario hasta los ocho o nueve años se movió entre los

linderos marcados por unas hagiografías inverosímiles, un par de fabularios gentilmente adaptados a nuestras –supuestamente- mermadas facultades mentales, unos diarios de urbanidad más duros de roer que los caramelos de marras y un catecismo del Padre Ripalda que más que prometer el cielo garantizaba el infierno a quien no fuera capaz de memorizar frases mucho más crípticas que la que vitoreaba al equipo gallego escondida bajo un puente inútil.

En mi escuela, ante la escasez de libros se recurría al canto coral para enseñar los contenidos dando lugar, con frecuencia, a resultados tan estrafalarios como el motivado por uno de los Mandamientos de la Santa Madre Iglesia que, merced a la insuficiencia respiratoria del maestro, aprendimos a cantar cortando la frase cuando faltaba el aire al susodicho propiciando un texto surrealista que, eso sí, todos cantábamos sin dudar:

“Yelquin/ topagar/ diez/ mosiprimicias/ alaiglesia/ dediosa/ mén”.

Aún se me pone la carne de gallina cuando pienso que estuve hasta bien entrada la adolescencia a las puertas del infierno por no pagar las dichas “mosiprimicias”.

Pero en mi casa sólo había dos libros, “Florilegio de mujeres españolas” y “Cien figuras españolas”, lo que nos eximía, a mi entender, de pagar rentas a la Iglesia.

Sólo nos salvamos de la incultura (lo supe después) por la oralidad. Por medio de la palabra hablada fui conociendo los cuentos, las adivinanzas, los romances, las retahílas y las anécdotas que habían conformado la piel de la pequeña comunidad rural a la que pertenecía y que, más tarde, pude apreciar en su verdadera dimensión.

El bachillerato lo estudié interno en un colegio religioso y allí tuve acceso a alguno de los autores que los profesores elogiaban con sospechoso énfasis pero que, salvo media docena de poetas, no sólo no despertaron en mí el deseo de leer, sino que lo fueron neutralizando con el olor a incienso que impregnaba cada una de las selectas páginas recomendadas, siempre, por nuestro bien.

Hasta que un verano –yo tendría catorce o quince años y vivía en otro pueblo que tenía Biblioteca- un muchacho de Granada que tenía familia en el pueblo llegó de vacaciones y ante la expectación de toda la pandilla recitó el Prendimiento de Antoñito el Camborio en el camino de Sevilla y aquella noche soñé con fuentes apuñaladas que manaban sangre benemérita con el tricornio en tenguerengue.

Al día siguiente leí por dos veces el Romancero Gitano y ya no paré de leer hasta septiembre, mes en el que había que aplicarse a los estudios para no perder la beca sin la que mi universo laboral se vería aún más limitado que el literario.

Pero la llama había prendido y las palabras liberaron su magia y empecé a escribir imitando a Federico García Lorca y a Miguel Hernández. De la Generación del 27 pasé a la del 98; de la poesía a la novela; y del deseo de escribir como García Lorca a la admiración por Valle Inclán y sus trilogías sobre la guerra carlista y las comedias bárbaras, que ejercieron en mí una fascinación sin precedentes, sólo superada más tarde por Pedro Páramo y algún que otro título que, afortunadamente, siguen llegando a mis manos de vez en cuando.

La siguiente etapa en mi formación lectora coincidió con el inicio de mi trabajo como maestro descubriendo, a través de Federico Martín, la Literatura Infantil y Juvenil. Christine Nöstlinger, Roald Dahl, Astrid Lindgren, Edward Lear, Joan Manuel Gisbert y Gianni Rodari,

entre otros, me abrieron las puertas a un mundo en el que los autores se dirigían a sus lectores como si éstos fueran adultos, sin intención de adoctrinarles, con la ventana de la imaginación abierta al disfrute, descorrido el pestillo de la creatividad e incitándoles a escribir textos desde propuestas motivadoras y sugerentes que quitaban el miedo al folio en blanco.

Los hallazgos poéticos de nuestros alumnos venían a confirmar que estábamos en el buen camino. David inventa una greguería que no desmerece de las de Gómez de la Serna: *"El espejo es la entrada a un mundo gemelo"*.

María José escribe este poema que no admite discusión: *"Sentada en un campanario/ topé con un comisario./ No hice ningún comentario"*.

Pedro soñaba con países de nata, Sonia ansiaba vivir en nubes de multiplicar, María Luisa quería desarrollar el parasueños, Antonia tenía hecho un boceto para el concurso de pesambres con motor, Jesús sabía todo sobre el movilsaurio rex, Justo había inventado el traductor de llantos de bebé...

Todo venía en los libros y lo que no venía se inventaba y se ilustraba y se encuadernaba y se convertía en libro para ser leído por todos con fruición verdadera.

Leer para escribir, escribir para leer. Ahí radica la magia de las palabras. Y sólo por eso vale la pena iniciarse en este camino sin retorno. Lo demás es cuestión de persistencia y de suerte: si no lo encontramos por nosotros mismos siempre habrá alguien que en los momentos de zozobra ponga el libro adecuado, con un guiño cómplice, ante nuestros ojos.

VIII Certamen Nacional de Relatos “EN MI VERSO SOY LIBRE”

Extracto del acta del fallo del jurado.

En Murcia, a 19 de febrero de 2015 se reúne el Jurado del VIII Certamen Nacional de Relatos “En mi verso soy libre”, formado por:

Presidenta: Doña Aurora Gil Bohórquez

Secretaria: Doña Juana M.^a Sánchez García

Vocales: Doña Lary León Molina

Doña Concha Martínez Miralles

Doña Marisa López Soria

Doña Pilar Carrasco Lluch

Don Mariano López Oliver

Don Lorenzo Hernández Pallarés

Don José Emilio Linares Garriga

En la presente edición se han recibido 105 relatos, procedentes 26 Aulas Hospitalarias, de las Comunidades Autónomas de Castilla y León, Cataluña, Castilla la Mancha, Extremadura, Galicia, Madrid, Murcia y Valencia. Los miembros del Jurado, una vez leídos los relatos, deciden por unanimidad otorgar los siguientes premios:

- **Premio para la Categoría A (de 6 a 9 años)** al relato “Escrito en las estrellas”, de Salma Boutellaka Boutellaka, alumna del Aula Hospitalaria del Hospital Clínico Universitario Virgen de la Arrixaca de Murcia.

- **Premio para la Categoría B (de 10 a 13 años)** al relato “La magia en el país de Velondosnavia”, de Antonio Acebal López, alumno del Aula Hospitalaria del Hospital General Universitario de Albacete.

Y **accésit** al premio de la categoría B, al relato “Las alas de Aurora” de María Escámez Moreno, alumna del Aula Hospitalaria del Hospital Clínico Universitario Virgen de la Arrixaca de Murcia.

- **Premio para la Categoría C** (de 14 a 17 años) al relato “Eterno gris” de Judit Martínez Miras, alumna del Aula Hospitalaria del Hospital Clínic de Barcelona

CATEGORÍA A

(de 6 a 9 años)

GANADOR CATEGORÍA A

Escrito en las estrellas

Salma Boutellaka Boutellaka

Equipo de Atención Educativa Hospitalaria y Domiciliaria de la Región de Murcia.
Aula Hospitalaria del H.C.U. Virgen de la Arrixaca

Érase una vez dos niños que se llamaban Pablo y Alba. Esos dos niños son hermanos y les encanta explorar. Una vez, encontraron un fósil de un caracol prehistórico. Son increíbles.

Un día estaban jugando en los pasillos del cole a las canicas y, en un momento, a Pablo se le escapó una y se puso a perseguirla. La canica se fue cayendo por las escaleras hasta llegar al sótano del colegio.

Pablo llamó a su hermana y, juntos, bajaron a buscarla. El sótano estaba repleto de objetos: sillas rotas, mesas viejas y muchas cajas. Buscaron y buscaron, y al final Alba la encontró detrás de una pata de una silla, pero no solo encontró eso, también encontró una bola de cristal, del tamaño de una naranja, encima de una de las cajas que había, y la cogió.

Pablo le gritó a su hermana:

—¿Qué has encontrado?

Y ella le dijo:

—¡Una bola de cristal!

Se acercó y la cogió y la frotó con su jersey para quitarle el polvo que llevaba. Al hacerlo ocurrió algo increíble: la bola brilló y aparecieron puntos brillantes, parecía el espacio; y a Alba le encantó un punto brillante de la bola, lo tocó y desapareció al instante con un gran resplandor.

Pablo, muy preocupado, gritó el nombre de Alba, pero no ocurría nada. Entonces tocó el mismo punto que había tocado ella y desapareció también. Habían entrado en el espacio.

Pablo tropezó con Alba y se abrazaron del miedo; pensaron que era el fin, pero se dieron cuenta de que estaban flotando; mientras flotaban, vieron que iban con traje de astronauta y que estaban en el gran espacio!

El traje que llevaban les permitía ir con mucha velocidad y volar; y fueron a Marte, que estaba frío y todo tenía un color rojizo desde la tierra hasta su cielo. Después salieron y fueron a Venus. Era un planeta bastante pequeño y muy caliente, y luego fueron a otros planetas, hasta que se aburrieron. Pablo quiso ver el sol.

—¡No! —dijo Alba—. ¿Estás loco, Pablo?

—¡Vale, pues vámonos a otro sitio, quiero ver las estrellas! —dijo Pablo.

Pero Alba recordó haber visto algo en Marte y volvieron.

Fueron y se encontraron con un marciano que no medía más de un metro; les asustó, pero el marciano también se asustó y les dijo:

—¿Los perros sois vosotros?

Pablo y Alba se quedaron alucinados al ver que sabía hablar, y Pablo le respondió:

—¿Cómo te atreves?

—¿Qué sois entonces? —preguntó el marciano.

—Somos de la Tierra y ¡somos niños! —le contestó Pablo.

—Yo soy Alba y este es mi hermano Pablo, y tú ¿cómo te llamas? —continuó Alba.

—Me llamo Perbi —respondió el marciano.

El extraterrestre empezó a hablar con los dos hermanos y se llevaron muy bien, y les dijo:

—He oído hablar de los niños, dicen que cuando llega uno al espacio puede leer la estrella mágica.

Y Pablo y Alba se miraron sin tener ni idea de lo que estaba hablando.

—¿Qué es la estrella mágica? —dijeron los hermanos.

Y el marciano respondió:

—¡La estrella mágica es una estrella que solo la pueden leer los niños y contiene unas escrituras mágicas!

Alba preguntó entonces:

—¿Dónde se encuentra el planeta?

—¡A cinco millones de kilómetros de aquí! —respondió Perbi.

—¡Vamos! —le dice Pablo a su hermana.

—¿Podemos ir en tu nave?—le preguntó a continuación al marciano.

—¡Sí, claro, pero os advierto que cerca de esa estrella hay una luz que os podría dar mucho sueño! —respondió Perbi.

Y el marciano decidió acompañarlos hasta la estrella mágica y despegaron.

—¡Salimos en diez segundos: 10-9-8-7-6-5-4-3-2-1-0 !!Despegamos!!

Y cogieron rumbo a la estrella mágica los dos hermanos y el marciano. Una nueva aventura les esperaba.

Empezaron el viaje y, al acercarse a la estrella, Alba gritó:

—¡Vamos, esquivamos los obstáculos, Pablo!

Y Pablo con cara de sueño respondió:

—Tengo mucho sueño.

Y Alba cogió los mandos de la nave; a ella no le afectó porque llevaba gafas protectoras, las cuales Pablo no se quiso poner.

—¡¡Esa es la estrella!! —dijo Perbi.

—¡Grande!

—¡Brillante!

—¡Y con una mancha oscura!

—¡Es esta, eso es esta, voy a despertar a Pablo! —dijo—. ¡Pablo, despierta, despierta, es la estrella! —añadió.

Pablo se quedó alucinado.

—¡Es increíble!

El marciano les dijo:

—¡Leed lo que pone, por favor!

Y ponía:

La magia es un puente que te permite ir del mundo real hacia el mundo imaginario, y los dos están unidos por un solo camino y solo tú decides cuál elegir.

Y ahí acabó la aventura.

—¡Aaaah! —gritaron los niños en el sótano.

Tras leer eso, habían vuelto y estaban muy confundidos. Vino el maestro, al oír los gritos, y les dijo:

—¿Qué hacéis aquí? ¡Subid a la clase!

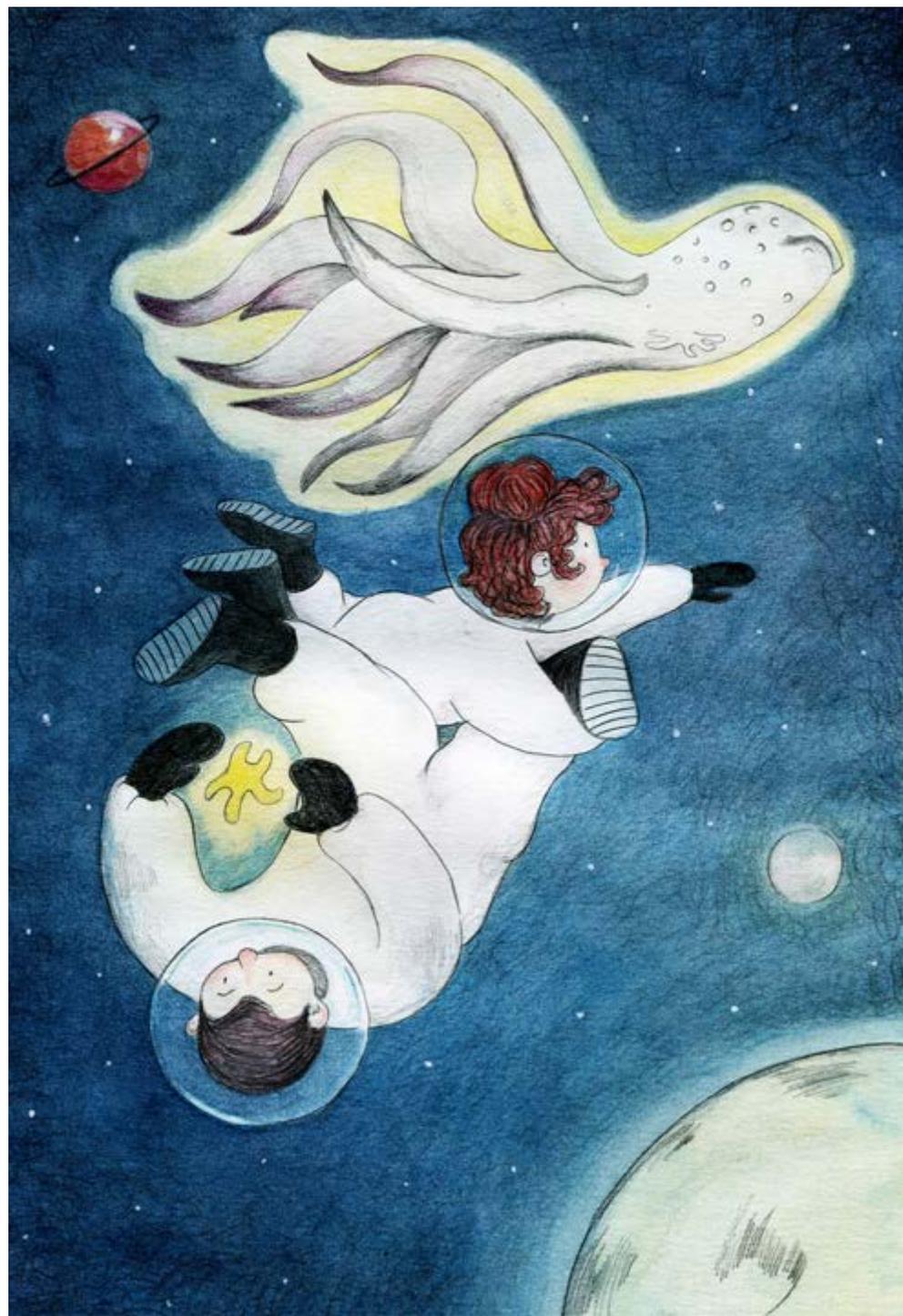
Pero al salir, el maestro llamó a Alba y le dijo:

—¡Te has dejado tu libro, Alba!

Lo cogió. Aunque Alba sabía que ese libro no era suyo, lo abrió y estaba escrito su nombre y el de su hermano. Lo más extraño es que estaba escrita la frase que había en la estrella y, además, al final del todo ponía:

Perbi cree en la magia 😊

Y supieron que todo fue real y que la magia existe; solo hay que creer en ella, y Pablo y Alba lo hicieron desde siempre. Y tú, ¿crees en la magia?



Una historia de brujas

.....
Santiago Casado Spínola

Aula Hospitalaria del Hospital Universitario de Fuenlabrada

Había una vez una bruja que hacía brujerías. Un día, un niño que paseaba por un bosque, se encontró con ella.

—¡Abracadabra! ¡Que este niño se convierta en un sapo!

Y se convirtió.

El sapo se fue dando saltos a su casa. Como su madre también era bruja, pero buena, le reconoció.

—Pero ¡sapo! ¡Hijo mío! Roa, roa —dijo la madre

Esto en idioma de sapo significa: "Que este sapo se convierta en niño."

Y además dijo:

—¡Muac, muac!

que en todos los idiomas significa "besos".

Y el sapo volvió a ser niño.



La princesa sapo

Ángela Rodríguez Redondo

Equipo de Atención Educativa Hospitalaria y Domiciliaria de la Región de Murcia.
Aula Hospitalaria del H.C.U. Virgen de la Arrixaca

Érase una vez, en un castillo muy lejano, una bella e inteligente princesa, que vivía junto a su padre, el rey, y su madrastra; ya que su madre, la reina, murió siendo ella muy pequeña. La madrastra, que podía convertirse en bruja, le tenía mucha envidia a la niña, por su belleza e inteligencia, y siempre estaba pensando cosas para poderla expulsar para siempre del palacio y conseguir así, ser ella la más querida por el rey y los súbditos.

Una noche, la madrastra consiguió llevar a la niña a su laboratorio de bruja para hechizarla; para ello, primero preparó un asqueroso brebaje con: babas de caracol y veneno de cobra; y, con engaños, consiguió que la princesa se lo tomara. Tras esto dijo esta maldición mágica:

*Corazón malvado,
convierte a la princesa
en un horrible sapo.*

La niña se transformó al momento en un enorme y horroroso sapo. La madrastra ordenó a los guardias que la llevaran a una casa embrujada que ella tenía al otro lado del bosque. Una vez allí, la princesa sapo, que como sabéis era tan inteligente, empezó a buscar el modo de

escapar: encontró muchas piedras que tiró al cristal de la ventana y, en medio de ellas, un enorme brillante, que se llevó con ella en su huida al palacio. Al llegar al palacio, pidió a un soldado que la llevará ante la reina, diciéndole que tenía un magnífico regalo para ella. Cuando llegó ante la madrastra, le dijo:

—Sé que eres tú la que me has embrujado y expulsado de mi palacio. Te pido que me devuelvas a mi estado de niña y yo, a cambio, te daré este bello diamante.

La reina, que ya estaba algo arrepentida de su acción y, además, impresionada por la belleza del diamante, le dijo:

—Vale, pero tienes que esperar a la noche, que es cuando mejor funcionan los hechizos.

Llegó la noche y el sapo acudió al laboratorio secreto de la reina, donde esta se transformó en bruja y realizó su hechizo. Esta vez utilizó para el brebaje un trozo de arco iris y un poco de nube, y dijo las palabras mágicas:

*Corazón de artista,
convierte al sapo,
en princesa lista.*

Y dicho y hecho. Al momento el sapo se convirtió en la princesa, más lista y guapa que antes.

A partir de entonces, y por mandato del rey, la princesa y su madrastra se llevaron mejor. El reino fue más feliz, y comieron perdices.

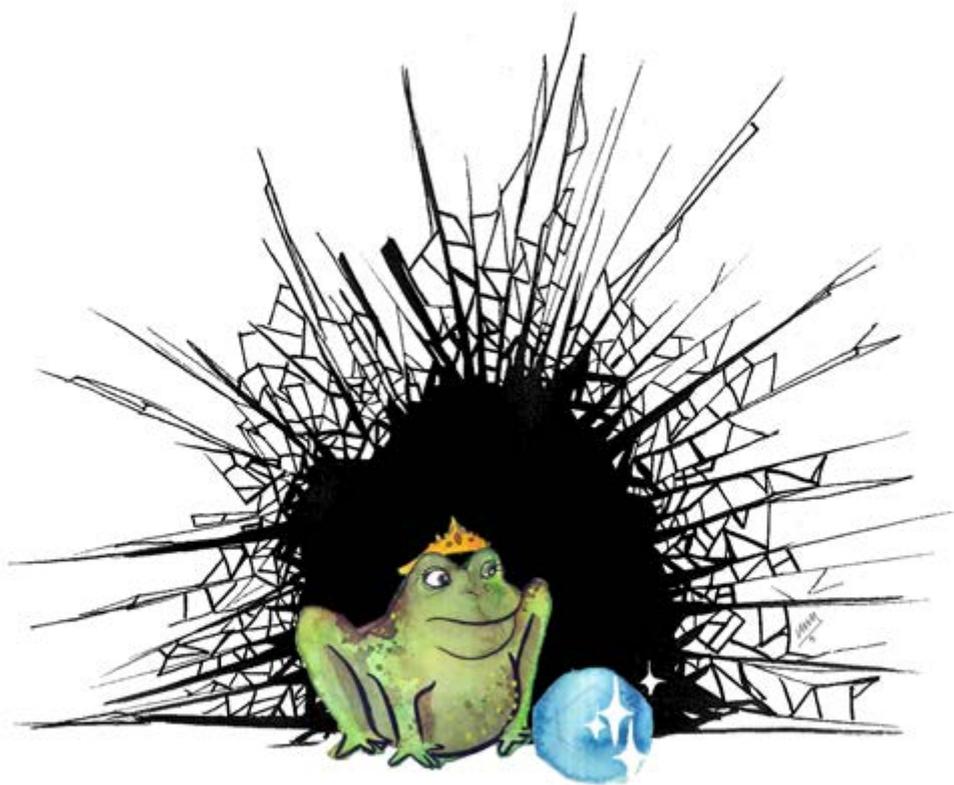


Ilustración: Isabel Martínez

Magia personal

.....
Lorena Flores Romero

Equipo de Atención Educativa Hospitalaria y Domiciliaria de Ciudad Real.
Aula Hospitalaria de la H.G.U. de Ciudad Real

Una noche de estrellas me quedé dormida mirando la Luna. En el fondo, una muy brillante era la mía; yo la miraba y cuanto más la miraba, más brillaba. Noté un resplandor, entonces desperté pero, en realidad, todavía seguía dormida.

Yo le preguntaba a la estrella más brillante, que era la mía. Le contaba cientos y cientos de cosas; cosas muy deseadas que yo quería en mi vida.

Y había un hada que hacía realidad mis deseos. Algún día desearía estudiar y sacarlo todo bien para poder tener un buen trabajo, para poder comprarme cosas como un coche, un piso, etc.

Mis mayores logros serían tener una buena persona a mi lado, que me entendiera y me apoyara en mi enfermedad. Yo sería feliz también si lograra ser madre y tener unos hijos perfectamente sanos.

Sigo mi sueño y sigo soñando, aún no he despertado. Miro, miro mi estrella y sigo soñando. ¡¡Qué bonita es mi estrella!!

A veces me habla y yo le contesto. Me pregunto si pueden ser perfectos mis deseos. No quiero peleas, ni niños muertos, ni casas caídas;

que los enfermos se curen, que los niños como yo no tengan que pasar malas experiencias; que el mar y los volcanes no se vuelvan agresivos, que no maten vidas, que a los animales no los maten y sean felices...

Quisiera no despertar nunca, para no ver todo lo malo del mundo. Que mi estrella siga mi sueño y todavía siga soñando.

La vida es un sueño lleno de pensamientos que nos muestran el camino. La magia es un puente de amor y besos. Frases a veces buenas y no tan buenas, sentimientos de nuestra alma. Muchas veces la vemos como películas que quisiéramos fueran realidad, pero los sueños siguen con nuestra sensibilidad especial, que nos hace aprender.

La vida son frases que, al mismo tiempo, nos enseñan a aprender, nos crean unos objetivos para, día a día, ser diferentes. Cuando miramos al mundo con los ojos llenos de ilusión y amor, aparecen oportunidades mágicas: besos, abrazos y, a veces, lágrimas de ilusión.

Los milagros empiezan a aparecer cuando sucede que nuestras energías y miedos se hacen realidad. La magia es un arte de aprender nuestras leyes conocidas...

La magia es creer que los milagros existen. Que algunas veces los enemigos nos pueden dañar, pero tenemos que tener la inteligencia y experiencia que sustituye al miedo. Ver y creer en nuestros propios ojos. La paz hay que trabajarla para conseguirla.

La magia la sentimos cuando creemos en ella. Mi estrella pretende despertarme del sueño y encontrar las promesas hechas realidad.



SR7.2015

El efecto secundario

.....
Lucía Gutiérrez Fraile

Aula Hospitalaria del Hospital Río Hortega de Valladolid

Érase una vez una liebre que le encantaba hacer magia. Un día, como la liebre se aburría y no tenía nada que hacer, decidió dar vida a un pañuelo. Sacó su libro de magia de la cómoda de su habitación y buscó la fórmula "revivir". Allí estaba el encantamiento que quería.

Lo recitó en voz alta y, al instante, el pañuelo que tenía entre sus patas empezó a flotar en el aire. Pero... no se dio cuenta de que el truco que "revive" a los objetos tiene el efecto secundario de volver a estos, malignos.

—¡Qué divertido! —exclama la liebre—. Esto se lo tengo que contar a mi amiga la ardilla.

Y sin esperar ni un segundo, saca de un cajón la correa de una mascota que tenía, se la ata al pañuelo y salen en busca de su amiga la ardilla.

—¡Ardilla, ardilla! —grita la liebre—. ¡Tengo que enseñarte algo muy divertido!

—¡Ah, hola, liebre! ¿Qué tal? —pregunta la ardilla.

—¡Mira lo que tengo! —dice la liebre orgullosa.

—¡Qué guay, una correa naranja, mi color favorito! —exclama la ardilla.

—No, no, no, mi pañuelo está... ¡vivo! —replica la liebre.

—Pues yo solo veo una correa vacía —dice la ardilla.

La liebre mira la correa y, en efecto, su amiga la ardilla tiene razón: ¡el pañuelo ha desaparecido!

—¡Oh, no! —exclama la liebre—, el pañuelo se ha escapado.

—¿Qué pañuelo? —pregunta la ardilla con curiosidad.

—Pues mira, con mi libro de magia di vida a un pañuelo, la verdad es que creo que en esa página pone: "cuidado con el efecto secundario" —explica la liebre.

—¡Ay, liebre! ¿no ves que a veces, tus conjuros suelen ser algo peligrosos...? ¿no recuerdas cuando transformaste al alcalde del bosque en piedra? —le riñe la ardilla.

—Sí lo recuerdo —dice la liebre con un hilito de voz a la vez que se pone un poco colorada.

—Tenemos que darnos prisa, o ese pañuelo destruirá todo el bosque! —dice la ardilla.

—Ardilla, tú quédate aquí, yo he sido la que ha empezado este lío y seré yo quién lo resuelva- grita la liebre.

—De acuerdo, yo le diré al señor Topo que ponga carteles sobre esto por todo el bosque —le promete la ardilla.

Y en un abrir y cerrar de ojos, el señor Topo ha distribuido carteles por todo el bosque. La liebre coge uno y lo lee en voz baja:

Advertencia a todos los habitantes del bosque: se dice que hay un pañuelo vivo en nuestro bosque, mucha gente asegura que va destrozando todo lo que ve, y les aconsejamos que se refugien en un lugar seguro.

La liebre corre lo más rápido que puede, hasta llegar a su madriguera. Saca de la cómoda de su habitación el libro de magia otra vez, y busca la palabra contraria de "revivir". Recita la fórmula en voz alta y el pañuelo vuelve a ser un pañuelo normal. La liebre ha salvado el bosque, pero también ha aprendido una lección: nunca más volverá a recitar conjuros donde ponga "efecto secundario".



Mi sueño mágico

Ángel Otón Valle

Equipo de Atención Educativa Hospitalaria y Domiciliaria de la Región de Murcia.
Aula Hospitalaria del H.G.U. Santa Lucía

¿Os cuento mi historia de magia?

Empieza así:

Mi cuerpo no funciona bien, unos magos me van a ayudar a resolver mi problema.

Primero tengo que tomarme una medicina naranja, con olor mágico, durante media hora, después me tienen que meter una cámara en el cuerpo y verán todos mis secretos interiores; no sabemos si se asustarán al ver tantos caminos para dirigir los magos su nave mágica.

Tendrán que tener mucha gasolina, pueden quedarse atrapados para recorrer todo mi cuerpo. Me van a curar, pues llevarán luces de láser "inflarrojos" muy potentes. Con sus mandos del ordenador mágico lo tendrán todo controlado y llegarán a encontrar todo lo que buscan.

Al salir desde el gran camino se van a encontrar una sorpresa ¡gigante! Harán magia con su varita, su capa y su sombrero.

Y cuando me despierte de este sueño mágico, estaré recuperado gracias a los magos especiales del hospital.



El mago Pepe

.....
Laura Martín Najarro

Aula Hospitalaria del Hospital Universitario de Fuenlabrada

Érase un mago llamado Pepe, que un día perdió su varita y se asustó. Llamó a sus amigos, el gato y el ratón, y todos se fueron a buscarla.

Llegaron a un bosque y, caminando, caminando, se encontraron con una cueva. Pasaron dentro. ¡Estaba muy oscuro! Con un palo antorcha como los de las películas, empezaron a buscar. Primero se encontraron un dragón llamado Pablo, que era muy bueno. Y les dijo:

—¿Me puedo ir con vosotros?

—Sííí —contestaron los tres a la vez.

Y con ellos se fue.

Luego encontraron a un pájaro, que también se quiso ir con ellos.

Y con ellos se fue.

Caminando, caminando, vieron al león de las cuevas con su hermosa melena rosa y su cuerpo azul.

—¿Me puedo ir con vosotros?

—Sííí —contestaron todos.

Y con ellos se fue.

Llegaron al final de la cueva y allí había un precioso prado de color verde. Tenía muchas flores pero una brillaba de forma especial. Se acercaron y...

—¡Aquí, aquí está la varita!

El mago Pepe se puso muy contento y quiso regalarles algo a todos haciendo magia.

-¡Abracadabra, pata de cabra! Que aparezca un parque acuático.

Y apareció un tobogán que terminaba en piscina. También, otros muchos juegos. Y algo que les encantó a todos: ¡un puesto de comidas gratis!

El león se pidió un helado, el pájaro un bollo, el dragón, un sándwich vegetal, el gato, una pizza de queso y salchichón; para el ratón, chocolate, y para el Mago Pepe, pan y quesitos...

¡Vaya fiesta que hicieron! ¡Qué bien se lo pasaron!

Se me olvidaba: Tú que estás leyendo la historia, puedes venir a la fiesta y ¿qué te pedirás de comer?



Una aventura mágica

Salma Boutellaka Boutellaka

Equipo de Atención Educativa Hospitalaria y Domiciliaria de la Región de Murcia.
Aula Hospitalaria del H.C.U. Virgen de la Arrixaca

Primer capítulo

Hola, mi nombre es Julio, soy un niño de nueve años, que enfermó en vacaciones de verano y sufrió un montón por la quimioterapia, medicamentos que dan mareo, pero lo peor fue la operación.

Ahora poneos cómodos que empieza mi historia:

Era un sábado por la mañana, me desperté y fui a lavarme la cara y a peinarme; luego me senté en el sofá, encendí la tele y me puse a ver los dibujos mientras mi mamá me preparaba el desayuno.

Mi mamá me llamó para desayunar y, cuando estaba desayunando, me preguntó por qué tenía la boca llena de comida tanto rato, sin tragármela; que no estaba bien hacer eso; le dije que no tenía nada en la boca, que me la había tragado. Y en ese momento empezó todo.

Mi mamá, al instante, me llevó a urgencias y, en un principio, nos dijeron que no era nada, pero ella no se fió y volvió otro día porque la hinchazón no se me iba, y, esta vez, al médico que nos atendió, no le gustó lo que me vio, y me mandó al hospital Rafael Méndez de Lorca.

Y desde ese momento empezaron las pruebas, estudios y revisiones. La cosa no pintaba bien, ¡qué mala pata!

Segundo capítulo

Un día, llamaron por teléfono y me asusté mucho, era para ir urgentemente a Murcia para que me ingresaran en el Hospital Virgen de la Arrixaca. Cuando me lo contó mi mamá, yo no paraba de llorar, porque me dio mucho miedo que me ingresaran, pero mi mamá me tranquilizó. Fuimos e ingresé, y, al siguiente día, me hicieron unas pruebas y por la tarde me dieron el alta. Unos días después, nos comunicaron el resultado del análisis; y el resultado era el que me esperaba, me iban a operar.

Fue muy duro para mí, nunca me habían operado, y estaba muy triste; luego nos dieron una cita, para que nos explicasen cómo sería la operación y nos dijeron que el jueves de la semana siguiente me operaban. Y así fue, ingresé el miércoles por la tarde y me operaron el jueves por la mañana.

Yo estaba muy nervioso antes de la operación; temblaba y lloraba a gritos, me pincharon unos calmantes y me relajé un poco. ¡¡Madre mía, al entrar en el quirófano!! Estaba lleno de gente con ropa verde y había muchas lámparas colgando; me fueron tranquilizando poco a poco y me pusieron una especie de globo verde en la cara, y, sin darme cuenta, ya me había dormido; era la anestesia.

Tercer capítulo

Me desperté en un sitio mágico, con árboles, hierba y flores maravillosas, un cielo azul muy bonito con pegasos y sorprendentes pájaros y

muchas cosas alucinantes, pero me di cuenta de que estaba solo y me dio un poco de miedo. Luego pensé:

—¿Yo, en un mundo así y con miedo?

Era un poco raro y me puse más tranquilo, hasta que me di cuenta de que estaba volando, y cada vez me sentía mejor, porque tocaba las nubes y podía ver el mágico paisaje.

Había montañas gigantescas de azúcar, ríos de nata con líneas rosas y fuentes de chocolate; también podía entender el lenguaje de los pájaros que me acompañaron volando. Era increíble. Hasta que noté que iba bajando de altura, me estaba cayendo y me asusté muchísimo. Caía y caía, hasta que aterricé en un sitio blando y esponjoso, era el colchón del hospital; me estaba despertando poco a poco, estaba un poco mareado, pero luego me alegré mucho porque la operación salió bien y vi a toda mi familia a mi alrededor. Todos me miraron con una mágica y bonita sonrisa.



CATEGORÍA B

(de 10 a 13 años)

GANADOR CATEGORÍA B

La magia en el país de Velondosnavia

Antonio Acebal López

Equipo de Atención Educativa Hospitalaria y Domiciliaria de Albacete.
Aula Hospitalaria del H.G.U. de Albacete

Érase una vez un país donde la gente iba y venía. Nadie miraba a nadie, nadie saludaba a nadie. Eran como títeres, cada día igual. Todo el mundo tenía prisa. En sus caras no reflejaban expresiones ni sentimientos, solo controlaban su tiempo.

La gente de ese lugar era gris, pálida, sin color, como vampiros. Comían mientras andaban, siempre comían lo mismo: un preparado rápido de una máquina en el centro de la ciudad de consistencia extraña y de un color por definir, pero les daba energía para todo el día. Siempre se nutrían a la misma hora, a las 2:00 p.m., y siempre terminaban a las 2:15 p.m.

Todo era ordenado, sin errores, como robots sin vida. Los niños eran tristes, no tenían sonrisa. Nadie jugaba con ellos, todo estaba controlado: su hora de comida, su hora de irse a dormir... Los entrenaban para la edad adulta y seguir el ciclo de la ciudad. Nunca se había visto la mínima expresión en ninguna persona de Velondosnavia.

Un día hubo una lluvia intensa, tan intensa que empezaron a caer rayos y truenos. Se detuvieron los relojes, los semáforos, los ordenadores,

los coches... Todo se detuvo. Era la primera vez que había un fenómeno atmosférico en Velondosnavia. Nunca había llovido, granizado, ni siquiera soplaban el viento. ¿Qué estaba pasando en esta ciudad tan dirigida?

No encontraban respuesta; estaban impactados, se miraban los unos a los otros, se paraban, no sabían adónde ir ni qué hacer. La ciudad estaba descontrolada, todos desubicados... desconcertados...

De repente la lluvia paró, salió el sol; nunca lo habían visto y entonces salió el arco iris. Una pequeña sombra se reflejaba en el horizonte, no se distinguía con exactitud. Era una especie de hombre alto lleno de colores: un sombrero alargado lleno de colores alegres y cascabeles, que resonaban mientras movía la cabeza, una chaqueta decorada con estrellas y arco iris, abrochada sutilmente con broches dorados y unos patines que usaba como zapatos mientras tarareaba una canción. De las ruedas de sus patines salían chispas de diferentes colores: blanco, azul, rojo..., pero nunca negro ni gris, que eran los colores que caracterizaban a Velondosnavia.

Entonces entre la confusión alguien preguntó:

—¿Quién es ese hombre?

—¿Qué lleva puesto?

—¿Qué es ese ruido?

—¿Qué hace aquí?

Y uno de los ancianos más viejos de la ciudad contestó:

—Es un mago, el mago Mandalandrín. Me acuerdo de cuando era pequeño. ¡La ciudad era totalmente distinta!

El mago llegó con una pequeña maleta y se situó en medio de una plaza y dijo unas extrañas palabras:

—Colorcín, ven a mí.

De repente, la plaza empezó a llenarse de color.

La gente estaba impresionada, el mago continuó:

—Abracadabra, pata de cabra. Sal, conejito, del agujerito.

De pronto, por un agujero salió un conejo; tras él salieron una cantidad inmensa de animales: perros, gatos, ovejas... incluso en la fuente había peces de colores. Empezaron a salir flores coloridas y árboles de la nada, de los cuales salían frutas y frutos secos. La gente no daba crédito.

—¿Qué es esto? —decían.

Entonces el mago les invitó a probar la fruta de los árboles, pero la gente no se fiaba del extraño. En ese momento el anciano fue a probarlo, empezó a tomar color, ya no estaba pálido; de sus ojos salía la más pura felicidad, tenía una sonrisa brillante y empezó a bailar de felicidad.

En ese momento todos se animaron y empezaron a comer y a cambiar. La ciudad estaba loca de felicidad y todo empezó a tomar color. Los niños jugaban con los padres, los padres jugaban con los hijos y todos estaban alegres y felices. No había horarios, no todos hacían lo mismo. Simplemente se divertían por primera vez, se hablaban, se comunicaban, no había rastro de una cara sin felicidad.

Cuando el color llegó al centro de la ciudad, el alcalde Cedonius, extrañado, salió en busca de respuestas de su oficina dentro de la máquina en la que custodiaba sus cámaras de vigilancia, repartidas por toda la ciudad, que por algún casual no funcionaban; por más que miraba y miraba, ninguna respondía. Preguntaba a la gente y nadie le contestaba. No podía controlarlos, eran almas libres.

Sufrió una profunda decepción al ver este Apocalipsis en Velondosnavia. Fue directo a la salida de la máquina y, al abrir la compuerta que daba al exterior, se encontró a la gente desfilando dirigida por el mago Mandalandrín, que sostenía un báculo del cual salían sonidos y colores.

El alcalde enfurecido por la rabia y la ira gritó:

—Fuera de esta ciudad, radical, eres un ser corrupto y desalmado. ¿No ves lo que le has hecho a esta pobre gente?

La gente intervenía:

—Nos ha traído la felicidad, nos ha dado esperanzas, tiempo, amor, cariño, comprensión.

—Nos ha dado sentimientos.

—¿No lo ves?

—Nos ha curado.

El alcalde respondió:

—Eso es mentira. Solo os ha traído locuras y desorden; es un enfermo mental.

El mago habló:

—Amigo, esta ciudad estaba sin vida, sin alegría, sin esperanzas. Yo solo la he salvado de la mala vida que tenían. Ahora tienes dos opciones, puedes unirte o seguir tu camino.

El alcalde tocó un botón de su máquina, que empezó a llenarlo todo de gris, y a disparar un mejunje a Mandalandrín. Entonces toda la ciudad se unió para protegerlo juntando sus manos y cantando. Los colores del arco iris engulleron la máquina de Cedonius.

—¿Cómo es posible?— dijo Cedonius.

A lo que el mago respondió:

—¡Tú eres el único que ha condenado a esta ciudad! Lo siento, pero no me queda más alternativa.

Entonces el mago se quitó su sombrero y dijo:

—Sombrerín, sombrerín, cambia a este cenizín.

De repente, una especie de agujero colorido se tragó a Cedonius y, tras unos segundos, salió convertido en una persona completamente diferente, llena de luz y color, totalmente cambiada.

Mandalandrín cogió su báculo y dijo:

—Por fin tenéis la ciudad que os merecéis; debéis trabajarla, cuidarla y respetarla. Confío en vosotros, recordad: La vida no tiene sentido si no se disfruta.

Y terminó diciendo:

—Mandalandrín, Mandalandrado, mi trabajo aquí ha terminado.

Y desapareció en una pequeña explosión de luces y colores.

Mandalandrín, Mandalandrado, este cuento ha finalizado.



ACCÉSIT GANADOR CATEGORÍA B

Las alas de Aurora

María Escámez Moreno

Equipo de Atención Educativa Hospitalaria y Domiciliaria de la Región de Murcia.
Aula Hospitalaria del H.C.U. Virgen de la Arrixaca

Érase una vez un hada llamada Aurora cuyo nombre significaba "amanecer". Esta hada era rubia, con unos ojos azules que inspiraban tranquilidad y dulzura; su boca era de color lila y sus mejillas rosadas como un atardecer de primavera. Tenía un cabello gris azulado con reflejos lilas que hacían juego con su vestido de seda. Era un hada preciosa, pero era un hada triste porque le faltaban las alas y el resto de hadas se reían de ella.

Aurora sabía que al final de un bosque había una bruja buena de nombre Bernarda (cuervo), que le podía conseguir unas alas. La bruja era de aspecto travieso con una larga melena pelirroja y sonrisa pícara. Tenía un vestido verde, con un corsé negro que le hacía una delgada cintura y llevaba un colgante negro pegado al cuello con una piedra de color rojo intenso que brillaba cada vez que hacía un hechizo.

También tenía un gato llamado Cielo, que le gustaba mucho leer, sobre todo libros de brujería. Era negro como la noche cerrada y tenía unos grandes ojos amarillos que brillaban como diamantes en la oscura noche.

Un día, Aurora decidió ir a buscar a la bruja para conseguir sus alas y así poder sentirse importante y un hada de verdad. Ella vivía en una flor de grandes pétalos rosas, de gran amplitud para poder dormir cómodamente. Así que, ese día dejó su flor y se adentró en el bosque donde vivía la bruja.

El bosque tenía un gran lago lleno de sirenas y tritones que velaban por el bienestar del bosque. También tenía una gran catarata con muchos árboles alrededor. Existían unos pequeños animalitos rojos y negros llamados chinches rojos (mariquitas) y mariposas de todos los colores que no paraban de revolotear por todo el bosque. También había centauros, una especie de mitad caballo y mitad humano, que guardaban el bosque.

La magia de este bosque consistía en que siempre sonaba una música especial que hacía que todo estuviera en armonía, de forma que aquel que entraba en el bosque sentía una gran felicidad interior.

Nuestra hada Aurora se adentró en el bosque y, al no reconocerla, Mauro, uno de los tantos centauros que velaban por la armonía del bosque, musculoso y muy mal educado, no le dejaba acceder al bosque con facilidad. Pero, a pesar de ello, Aurora pudo adentrarse en el bosque, gracias a que ella desprendía una luz que la hacía invisible en algunos momentos.

En el bosque, ya visible, conoció a una sirena llamada Serena, que era la única sirena buena del lago, ya que las otras sirenas solo querían ahogar a los que entraban en el bosque.

Aurora y Serena se hicieron amigas, y como el hada no sabía cómo cruzar el lago, la sirena llamó a su amigo el delfín, para que la llevara hasta la cueva donde vivía la bruja Bernarda.

Entonces, Aurora se montó en el delfín y notaron cómo se movían las aguas bruscamente, a causa de que los tritones agitaban sus tridentes furiosos porque una extraña hubiera invadido sus aguas; pero el valeroso delfín consiguió cruzar las aguas, haciendo que sus compañeros ahuyentaran a los tritones, quitándoles los tridentes, y así el agua volvió a su estado natural. Al final pudieron llegar a la cueva de la bruja, que estaba detrás de la catarata.

El delfín y Serena se despidieron tristemente y le desearon muy buena suerte a Aurora.

Aurora se adentró en la cueva de la bruja, donde había un pasillo repleto de murciélagos, cucarachas, escarabajos y telarañas, pero esto no acobardó a Aurora que fue muy valiente y pudo pasar hasta llegar a una luz. Esa luz era el colgante de la bruja, que iluminaba toda la habitación, donde había muchos libros de magia, pócimas y su gato.

Cielo le dio un libro al hada y esta le preguntó:

--¿Por qué me das este libro?

Entonces, el gato, como no sabía hablar, tuvo que venir la bruja para explicarle que ese libro contenía la solución a su problema. Bernarda ya sabía su problema y no dudó en ayudarla. Aurora y Bernarda se hicieron amigas y la bruja le explicó que, para que le crecieran las alas, solo tenía que organizar un concierto en el bosque donde cada uno de los habitantes tenía que tocar un instrumento.

El hada, muy agradecida, le pidió a Bernarda que si ella podía tocar el arpa, a lo que la bruja no se pudo negar. Aurora, Bernarda con su arpa y Cielo con su tambor, salieron de la cueva tocando una alegre melodía, que hizo que los tritones y sirenas los escucharan y fueran todos a la catarata para ver de dónde provenía esa música tan especial.

A medida que Bernarda y Cielo tocaban, Aurora sentía una extraña sensación en su espalda. Al salir de la cueva, los tritones y las sirenas quisieron unirse a ellos, así que, de la nada aparecieron violines para las sirenas y violonchelos para los tritones y un gran piano para Mauro.

Conforme sonaba la música, Aurora sentía cada vez más esa sensación en su espalda. Una nube de color rojo apareció en el cielo como un campo de rosas. Eran los chinches rojos que llevaban una brillante flauta travesera para Aurora.

En todo el bosque empezó a sonar una música muy emocionante, que envolvió a Aurora y le hizo tocar la flauta sin saber por qué. Cada vez que su flauta emitía una nota, acompañando al resto de habitantes del bosque, en su espalda crecía un plumaje gigante como las plumas de un pavo real.

Como Aurora era un hada tan especial, la bruja Bernarda le había concedido el poder de volar con unas alas de plumas. Entonces, Aurora, entusiasmada y muy alegre, dio las gracias a todos los habitantes del bosque por haber hecho posible su deseo.



Los poderes de Elisa

Adrián Covelo Martínez

Aula Hospitalaria "Xeral-Cíes" del Complejo Hospitalaria Universitario Xeral-Cíes de Vigo

Despierto por la mañana y observo la lámpara del techo balanceándose, cosa realmente rara ya que sé que está perfectamente colocada en el techo. ¡Qué más da! Doy la vuelta sobre mi cama pensando en cepillarme el cabello y me asombra ver mi cepillo favorito flotando sobre el tocador. Seguramente estoy soñando. Cierro los ojos con fuerza y me doy un pellizco doloroso en el brazo esperando que esta acción me despierte, pero nada pasa: mi cepillo sigue flotando sobre el mueble en espera de que lo coja.

Ese fue el primer suceso que hizo que me diera cuenta de mi poder de mover los objetos. Con el tiempo me di cuenta de que lo he ido desarrollando hasta el punto de que puedo mover la piedra más pesada y hacerla flotar a mi antojo. Todo va muy bien y me siento feliz con ello. Aunque no tan feliz, pues en el pueblo se enteraron de mi poder y ahora huyen despavoridos en cuanto me ven; seguramente piensan que soy una bruja o algo por el estilo.

La gente del pueblo es muy cerrada respecto a esas cosas. Algunas veces me lanzan piedras o me dicen cosas realmente ofensivas. Yo camino como si nada, concentrándome en esquivar las piedras y mover cosas con mis poderes.

Con el tiempo decido alejarme de ellos. Si no quieren mi presencia, no los obligaré a tenerla.

Cierto día la noticia se difunde: Gualtin, el pueblo al que tanto quería y el que tanto me odiaba, padece una gran sequía. Los pobres habitantes no tienen agua ni para beber, las cosechas están a punto de echarse a perder a causa de la falta de agua, la gente se deshidrata y los pueblos vecinos lo ignoran. Sé que regresar, implicaría volver a soportar las burlas, apedreamientos y malas palabras, pero no me importa. Sé que puedo hacer algo para salvarlos.

Al llegar, todo es peor de lo que me imaginaba. De no haber venido, todo el pueblo se hubiera muerto. La gente me ve y parece reconocerme, pero están muy débiles como para decirme algo. Me concentro en lo que quiero hacer. Es fácil, así que no me sorprende mucho ver las nubes moviéndose y acercándose unas a otras. Cierro los ojos y visualizo el agua de algún lago subir hasta las nubes. Y de pronto sucede: una pequeña llovizna cae sobre Gualtin y moja todo a su paso.

La gente me mira con una expresión de incredulidad y, de pronto, me abrazan. Escucho mi nombre una y otra vez. ¡El pueblo está a salvo y yo por fin soy aceptada! Lágrimas de alegría recorren los ojos de todos, incluyendo los míos. Los vítores y las risas no paran... y entonces me despierto, supongo que no me pellizqué con la fuerza suficiente.



Tongtong

Cosas de magia

Isabel Andreu Peñalver

Equipo de Atención Educativa Hospitalaria y Domiciliaria de la Región de Murcia.
Aula Hospitalaria del H.C.U. Virgen de la Arrixaca

Las cuatro y media. Sudo. Hace un calor que impresiona para ser octubre. Pues bien, si no puedo dormir, tendré que escuchar música: lista de reproducciones al canto; canción: Patience, de los míticos Guns and Roses. Se me ha hecho tarde, ¡las once! y me quedo durmiendo con la música puesta. Si no me quedo sorda después de esto, es un milagro.

—¡Nayara!, ¡muchacha!, ¡qué poco se nota que tengas catorce años! Yo que pensaba que estabas estudiando.

—Ya, mamá, me he quedado durmiendo, yo también me he dado cuenta.

Librilla... ¡qué pueblo más vacío y qué bien nos conocemos todos! Miro la gente desde mi portal, sin apartar la mirada descarada, no me importa que me miren bien o mal; así se ve parte de cómo es esa persona.

Ahora mismo no estoy del todo contenta ya que veo cómo mi familia se derrumba poco a poco. Mi abuela tiene alzhéimer.

Hoy vamos a verla. Me encanta la manera que tiene de ver las cosas mi abuela. La gente dice que me encuentra parecido o al menos encontraba; ella, de hecho, fue quien me enseñó lo de que cada persona es un mundo y cierto que lo es.

Cuando llegamos al hospital, yo no quería ver a mi abuela. Esa no sería ella, así que me subí a donde estaban los niños de mi edad. Estos estaban haciendo magia, les enseñaban trucos, leían, chillaban y saltaban. Cuando el mago se disponía a marcharse, lo detuve y le dije que si podía ir a ver a mi abuela y divertirla un ratito.

Cuando abrimos la puerta el mago y yo, mi familia estaba muy callada, el mago se puso delante de mi abuela. Ella sonrió y gritó:

—¡Magia!

Fue como un impulso de adrenalina. Todos nos reímos muchísimo. Fue una gran visita y sobre todo mágica.

Como dice mi madre: mi abuela está dentro de mi mundo y de mi corazón.



MI ABUELA

está

DENTRO DE MI

MUNDO

Y DE MI

CORAZÓN

Pulsura

Un sueño en mi vida

.....
Sonia San Bartolomé Sánchez

Equipo de Atención Educativa Hospitalaria y Domiciliaria de Albacete.
Aula Hospitalaria del H.G.U. de Albacete

Mi vida ha sido bastante dura. Me detectaron leucemia a los cuatro años. Mis papás me cuentan que he sido un niño muy bueno, comía bastante bien y lo que mejor llevaba eran las noches, me encantaba dormir. A las 21.30 h me tomaba mi biberón de leche y me llevaban a la cama. Hasta los tres años me despertaba una sola vez para que mi mamá me diera el pecho, solo tomaba pecho la única vez que me despertaba por la noche.

Bueno, he empezado a hablar y ni siquiera me he presentado. Me llamo Carlos y tengo ocho años, mi mamá se llama María y mi papá se llama José; a mí me da mucha risa porque odia que le llamen José, quiere que le llamen Pepe, y yo cuando quiero hacerle alguna broma le digo José, es lo que mejor me funciona. Tengo un osito de peluche, se llama Pepe, porque fue la primera palabra que empecé a decir; para mí es mi hermano, no puedo pasar ni un segundo sin él.

En 2009 empecé el colegio y, al mes, en octubre, empezó a dolerme muchísimo la barriga, sobre todo por las noches. Me pasaba casi toda la noche llorando. Me sentía muy culpable y recuerdo una mañana al levantarme que me arrodillé delante de mi mamá y le dije:

-Mamá, lo siento mucho, no podéis dormir por mi culpa.

Mi mamá me contestó llorando que no pasaba nada que yo no tenía la culpa. Llevaba dos semanas igual, y a mi mamá le extrañó mucho porque yo no lloraba por las noches nunca, ni cuando era un bebé, pensaba que me lo inventaba para no ir al colegio, la verdad es que no aguantaba que me dijera eso; era muy ignorante y me ponía a llorar más, pero no le llegué a decir que no me lo inventaba, me sentía muy mal, pensaba que no tenía confianza con mi mamá.

A mi papá lo veía solo por la noche, porque durante el día trabajaba, me daba mucho ánimo y me encantaban los momentos a su lado, me hacía muchas bromas y jugábamos un montón, era el mejor regalo de mis días. Mis compañeros me tenían envidia porque les decía que todos los días me daban un regalo, pero para mí el regalo de todos los días era ver a mi papá entrar por la puerta y lanzarme a sus brazos corriendo, lo quiero un montón y no sé demostrarle lo mucho que lo quiero; mi papá me dice que sí se lo demuestro, pero yo sé que no, que todo lo que yo quiero a él no se lo puede ni imaginar.

Mi mamá me llevó al médico, porque dos semanas así, ya era demasiado, y se tenía que asegurar de lo que me pasaba. El primer día que me llevó al médico, me miró la garganta, los oídos y me tocó la barriga; también me puso las "escuchas" y me dijo que no me pasaba nada. Yo me agarré a llorar, no sabía qué hacer con mi vida, con ese dolor no podía estar, y ya era eso lo que le faltaba a mi mamá para decirme que no quería ir al cole, y eso que yo me lo pasaba bien. Al verme el médico llorar, se asustó un poco y empezó a preocuparse, y le dio cita a mi mamá para una revisión en el pediatra.

A la semana fuimos. Yo seguía igual, me miraron por todo muy bien, estuvo revisándome casi una hora por todos los sitios, y tampoco me vio nada.

Pasaron unos días y mis padres, al ver que no mejoraba, me llevaron al hospital para que investigaran más a fondo sobre mis síntomas. Me metieron en un túnel y tenía que estar muy quieto, me hicieron muchas pruebas raras y no me acuerdo de ningún nombre, y la verdad es que no me gusta saber los nombres, aparte de que no me entero.

7 de enero de 2010, un día después de Reyes y de mi cumpleaños, a las 10.30 h fuimos mi mamá y yo a por los resultados. Estábamos los dos en las sillas y yo abrazado a mi osito; salió un médico bastante feo, del que nunca me olvidaré su cara, y sin un más ni un menos, le dijo a mi mamá:

—A su hijo le hemos diagnosticado leucemia.

Mi mamá se agarró a llorar, yo también, pero yo solamente por verla así, me impactó un montón; yo le preguntaba a mi mamá qué le pasaba y ella, llorando muchísimo, solo me contestaba que me quería.

Me dieron cita para la siguiente semana, me mandaron cinco pastillas, yo lloraba y le decía a mi mamá que yo no sabía tomar pastillas, que me iba a ahogar, que las pastillas solo las tomaban los abuelitos. Mi mamá estaba casi siempre llorando, y yo me preocupaba mucho por ella, no me gustaba que se sintiera mal por mi culpa, siempre me estaba pidiendo perdón por no haberme creído antes y yo no quería que se disculpara. Me empezó a llamar conejete, empezó a ser supercariñosa conmigo, y me prometió que la tenía para todo, que tenía toda su confianza y que nunca iba a estar sola, que ella iba estar conmigo hasta que se hiciera viejecita y fuera con una garrotilla, y en vez de cuidarme ella a mí, la tenía que cuidar yo a ella. Le di un abrazo con todas mis fuerzas y le dije que, por favor, no sufriera por mí.

Cuando me tocaban un poquito, aunque solo fuera con el dedo, me salían moratones, estaba muy débil y con lo que me gusta a mí luchar, con poco que me empujaran, me caía.

Se me empezó a caer el pelo, estaba muy asustado, y mi mamá me dijo que no pasaba nada, que era porque mi pelo era viejo y se me tenía que caer para que me creciera otro más fuerte; yo le dije que no me gustaba ir con partes de mi cabeza con pelo y por otras no. Entonces me dijo que íbamos a ir a una peluquería de chicos guapos y con una máquina me iban a quitar todo el pelo y así no tenía que esperar a que se me cayera. Yo le pregunté a mi papá si a todos los chicos se les caía el pelo y por qué a mis amigos no se les caía y a mí sí; él me contestó que sucedía porque yo era especial, me dijo que el pelo que antes tenía era normal, como el de todos los niños, pero que se me caía porque se estaba volviendo mágico y cuando pasara un tiempo me iba a salir otro mucho más bonito.

La señal de que se me cayera el pelo era porque en mi cuerpo estaba entrando magia, según mis papás. Hablaba con mis amigos y me decían que era mentira, que la magia solo la hacían en las películas, que yo estaba enfermo y que no me creyera las tonterías que mis papás me decían, que solo lo hacían para que no pensara en lo mal que estaba y lo peligrosa que era mi enfermedad. Me enfadé con ellos y me puse muy triste, empecé a vomitar y se reían de mí, me acuerdo perfectamente de lo que me dijeron:

—Ahora entiendes que no eres "mágico", que lo único que te pasa es que estás muy grave.

Me fui corriendo a mi casa y se lo conté a mi mamá, ella estuvo una hora agarrada a mi mano y me explicó que ellos no tenían ni idea de lo que decían que sólo lo hacían porque ellos no tienen la suerte que yo tengo y lo único que tenían era una envidia grandísima. Yo confié en mi mamá porque estaba seguro de que ella sabía mucho más que una

cuadrilla de chiquillos de cinco años, pero a pesar de eso estuve todo el día vomitando, comiera algo o no. Al llegar la noche, se lo conté todo a mi papá, y él me dijo que confiara en él y en mamá; que, cuando me acostara, cerrara los ojos y me imaginara lo que más me gustara y que pensara en algo que me encantara que sucediera: Me puse muy contento porque me sentía un "mágico", que lo que me imaginaba se iba a hacer realidad. La mañana siguiente, como iba a venir Belén, la maestra que me daba clase en mi casa, iba a hablar con ella sobre lo que me pasaba, a ver qué opinaba ella, ya que ella era maestra y la verdad es que me importaba mucho la opinión de ella.

Me dijo que estaba completamente segura de que yo era "mágico" y era un niño muy especial, que confiara en ella. Le di un abrazo y le dije:

—Esta noche tengo que ir al hospital, me van a operar y me van a poner una cosa en el pecho que se llama "porta".

Le dije que me explicara para qué servía y me dijo que tenía una suerte increíble, que eso era para que no me pincharan tanto, me puse a saltar de la alegría y ella se agarró a llorar, le pregunté qué le pasaba y solo me contestó que me quería.

Hasta que llegó la noche estuve vomitando, vomité seis veces, empecé a creerme lo que mis amigos me dijeron aquel día y dejé de pensar que era "mágico". Llegó la noche, me ingresaron en el hospital y a la mañana siguiente me tenían que operar, pero antes de la operación me iban a hacer una prueba, no tengo ni idea de cómo se llamaba, y la verdad es que no me interesa.

7 de mayo de 2010, 22:30 h, entré de la mano de mis papás a la habitación 630 de pediatría. Mis papás seguían con la misma historia, que aquel hospital era para los niños especiales, como yo, y que allí seguro que mis deseos se harían realidad. Yo ya me tapaba los oídos, estaba

harto de oír siempre lo mismo, pensaba que estaban jugando conmigo. Pasé a la habitación, me tumbé en la cama y, nada más tumbarme, me dormí profundamente, entré en un sueño especial, increíble, mágico, soñé con lo que realmente deseaba. Era un niño alto, con mi pelete de punta, estaba muy fuerte como siempre había deseado. Mi osito Pepe se había convertido en mi hermano de verdad, sabía hablar, era muy chiquitín, pero era muy gracioso, le encantaba ir con gorra; igual que yo estaba siempre detrás de él, ahora él siempre iba a mi lado, le encantaba subirse por mi pierna y ponerse en mi hombro, como un pájaro; siempre me estaba abrazando y yo a él, lo quería muchísimo, era la alegría de mis días. ¡Ah!, y lo más importante, ¡mis pastillas eran caramelos!

A la mañana siguiente todo se hizo realidad, todo aquello que había soñado la noche anterior ahora era real, como si en mi vida se hubiese producido un bonito amanecer, quedando atrás las pesadillas y los malos sueños de una terrible noche que fuese mejor olvidar. Lo fui comprobando poco a poco. Lo primero que hice al despertar fue mirarme al espejo y vi mi pelo, ese pelete de punta que tanto había deseado, donde antes solo había, ¡qué digo había!, no había nada en mi cabeza, casi me caigo redondo, no sabía qué hacer ni qué decir, me quedé mudo.

Un ratito después entró mi mamá en la habitación, pero lo que para mí fue una gran sorpresa, el momento en el que me miré al espejo, ella, en cambio, lo vio todo normal, no se sorprendió en absoluto, todo estaba bien. ¿Dónde estaba Pepe? Eso era lo que me preguntaba yo, no había ni rastro de él, ni mi madre sabía de qué osito le hablaba, ni mucho menos dónde podía estar.

Creía estar soñando, pero pronto me despertaría y todo volvería a ser como antes, pero no soñaba, era real.

La mayor sorpresa de todas fue cuando llegó mi papá con un niño en brazos. ¿Quién era ese niño? Ese niño era mi hermano, tal y como yo lo había imaginado, con esa gorrita, con la que tantas veces lo había visto en mis sueños. Se llamaba Pepe. No sabía si reír, llorar, gritar, era el niño más feliz del mundo, porque también sabía, dentro de mí, que mi enfermedad estaba curada, era parte de mi sueño.

¿Mi historia fue real o un sueño? No lo sé, fue como un puente en mi vida, un puente mágico, lleno de magia, una magia que nos lleva de un lugar a otro mejor, más feliz, donde las cosas que normalmente tenemos, tienen un valor mucho mayor.



La tribu mágica

Alejandro Sánchez Almagro

Equipo de Atención Educativa Hospitalaria y Domiciliaria de la Región de Murcia.
Aula Hospitalaria del H.G.U. Reina Sofía

Había una vez un niño llamado Pablo. Vivía en el norte de Alemania con su tía y su abuela, ya que sus padres habían muerto en el Pacífico cuando naufragó el crucero en el que pasaban las vacaciones.

Era un chico bastante tímido, mediana estatura, rubio y con pecas en la cara. Unas pequeñas orejillas se ocultaban bajo su melena y adornaba su boca una mella del último diente que se le cayó. Usaba gafas redondas de montura negra, que provocaban los insultos de sus compañeros de colegio; su aspecto débil y delgado también ayudaba a que los chicos del cole lo hicieran el blanco de sus bromas.

Un lunes se levantó, se aseó, se vistió, desayunó y se fue corriendo al colegio. Cuando llegó, se sentó en su pupitre y saludó a su amigo Ben.

Pablo hablaba con su amigo de lo que había hecho el fin de semana y no tardaron en llegar los compañeros del pupitre de atrás, que empezaron a darle collejas hasta que su cabeza se topó con la mesa y se le cayeron las gafas; justo en ese instante entró la profesora y comenzó la clase.

Al terminar las clases, volvió a casa, comió el estofado de pollo preparado por su tía y se sentó a hacer los deberes. Había un problema para el que no encontraba solución; se frotó los ojos, se puso las gafas... y, de repente, las letras de su libro se habían vuelto mágicas, salían del papel y formaban palabras que formaban frases y textos.

No se lo podía creer, entonces leyó el texto y en él estaba la solución a su problema de matemáticas.

A las letras les siguieron los números, y ellos solitos hicieron todas las operaciones. Además eran correctas.

Pablo se dio cuenta de que era un privilegiado, de que sus libros eran mágicos y durante dos días los deberes se hicieron solos.

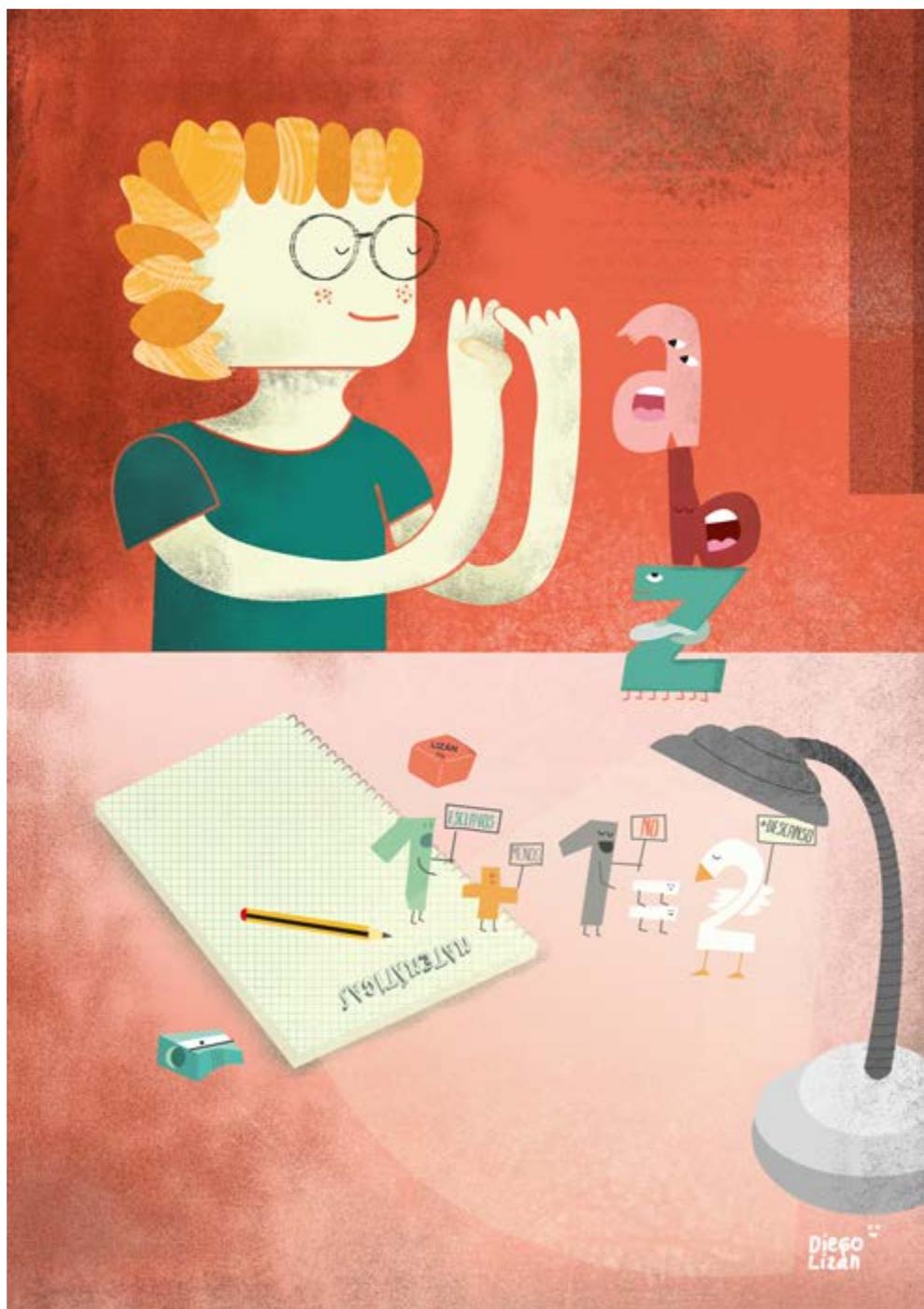
Tres días después invitó a un amigo para que viera lo que ocurría y no sucedió nada.

La siguiente tarde, al abrir los libros y cuadernos y ver que de nuevo las letras y los números se pusieron a trabajar, se relajó. Cuando volvió a echar un vistazo, el trabajo no estaba hecho; letras y números desfilaban portando pancartas por el cuaderno en manifestación y declarándose en huelga. Había pancartas diciendo que ellas no eran esclavas y que querían descansar.

Pablo se acercó a ver qué pasaba y, al contemplar la bulla, las tranquilizó y pidió un trato.

Al final, el niño habló con los cuatro sabios de la tribu (la a, la b, el 1 y el 2) y llegaron al acuerdo de que ayudarían a Pablo cuando no entendiera algo, como si números y letras fueran su profesor mágico.

Con el paso de los años llegó a ser profesor de matemáticas y nosotras, las letras, te estamos contando esta historia de un niño que creía en la magia de las palabras.



Diego Lizán

Ilustración: Diego Lizán

Pako y los ratones confiados

.....
Carmen María Ros González

Equipo de Atención Educativa Hospitalaria y Domiciliaria de la Región de Murcia.
Aula Hospitalaria del H.G.U. Morales Meseguer

Eran tres ratoncillos llamados Mikui, Patri y Carmen.

Eran muy pequeños, de color gris y muy simpáticos, amables y dulces.

Vivían con su madre en un gran queso, que para ellos era su casa.

Su madre les dijo:

—Hijos, tenéis que haceros una casa.

Y ellos se fueron al bosque a hacerse una gran casa de paja, madera y ladrillos.

Luego vino un gato, llamó a la puerta de la casa de Mikui y dijo:

—Toc-toc.

—¿Quién es? —preguntó Mikui.

—Soy el gato. Vengo a verte. ¿Puedes abrir la puerta?

—No me fío. ¿Me vas a comer?

—No te voy a comer —respondió desde fuera el gato—, no te preocupes, solo quiero verte y a tus hermanos también.

Estuvieron dos horas hablando y luego fueron a ver a Patri. Llamaron a la puerta y dijeron:

—¡Patriiiiiiiii! ¡Abre la puerta! Soy tu hermano Mikui y voy con un nuevo amigo, que se llama Pako. Es un gato pero no te preocupes, que no te va a comer.

Patri abrió la puerta.

—¿Quieres venir a ver a tu hermana? —dijo el señor gato.

Patri le dijo que sí. Fueron los tres a ver a su hermana Carmen. Llamaron a la puerta y gritaron:

—¡Carmennnnnn! ¿Estás en casa?

—Claro que estoy en casa —contestó Carmen desde dentro— ¿o quieres que venga un lobo y me coma?

—Venimos con un nuevo amigo, se llama Pako. Es un gato, pero no te va a comer.

—¡Ahhh!, ¡Ya! Es Pako. ¡¡Si sé quién es!! —exclamó Carmen, muy alegre—.

Me ayudó ayer a reparar mi casa cuando estaba desesperada porque se me había hundido.

Salió Carmen y saludó a Pako. Pako le dijo, con una voz muy cariñosa, que había venido hasta allí porque quería conocer a sus hermanos, ya que ella le cayó muy bien y quería poder estar con todos juntos al mismo tiempo.

Todos se pusieron a charlar y los tres hermanos estaban muy orgullosos de tener un gato como amigo, y así acabar con la enemistad de los gatos y los ratones. Estaban muy contentos y, como se hizo de noche, comenzaron a discutir por ver con quién se quedaba a dormir el gato.

Pako terminó la discusión cuando les dijo que no había problema, que les invitaba a todos a cenar y a dormir a su casa. Carmen aceptó pero, cuando iba a salir, dijo que tenía que volver a su casa un minuto. Todos le esperaron y enseguida partieron a la casa de Pako, que estaba cerca.

Cenaron y rieron mucho y se fueron a dormir. A media noche, cuando los ratones dormían tranquilamente, el gato Pako se despertó, los cogió y se los comió de un bocado. Después se echó a dormir.

A la mañana siguiente, la madre ratona buscaba a sus hijos por todos los sitios, extrañada de que no fueran a verla como hacían cada mañana.

Al llegar a la casa de Carmen, se encontró con una nota encima de la mesa que decía:

*Nos vamos a dormir a casa de Pako,
el gato que vive en la orilla del bosque.*

La madre se extrañó mucho y corrió hacia la casa del gato. Lo encontró durmiendo, con la barriga llena. Enseguida supo que sus hijos estaban dentro.

La madre ratona llamó al hada Michi, el hada de los ratones, y le pidió que sacara a sus hijos de la barriga del gato.

Michi vino volando en un momento, hizo un hechizo con su varita mágica y los ratoncitos salieron por el ombligo del gato, dejándolo dormido y sin enterarse.

Los ratones aprendieron que nunca, nunca, podían fiarse de los gatos.



CATEGORÍA C

(de 14 a 17 años)

GANADOR CATEGORÍA C

Eterno gris

.....
Judith Martínez Miras

Aula Hospitalaria del Hospital Clínic de Barcelona

Un lugar sin día y sin noche, sin sol ni luna ni estrellas, el eterno gris. Las abuelas explicaban a los niños que, si eras malo, el gran mago te encerraba en ese lugar por el resto de tu vida. Lyren, una medio elfa, de constitución alta y debilucha, nunca había creído en cuentos de hadas y mucho menos en las tonterías que explicaban los mayores para asustar a los pequeños.

En ese momento volvió a mirar a su alrededor, estaba en un campo de hierba, sin flores. Un bosque se alzaba imponente y oscuro tan solo unos metros de donde Lyren había despertado, todo estaba bañado de un aura extraña y empalagosa que hacía parecer que todo estaba pintado de blanco, negro y gris. Normalmente estaría asustada, pues se había levantado en un lugar totalmente extraño. Pero en ese momento estaba aterrorizada, lo que la había despertado había sido un cuervo.

—Despierta —había dicho con un sonido parecido a un graznido.

—Muévete —dijo el cuervo echando a volar y dando vueltas impacientemente sobre la cabeza de Lyren—. Se están acercando.

—¿Qui...quién se acerca? —tartamudeó Lyren no muy segura de hacer lo correcto al hablarle a un cuervo parlante.

—¡Rápido, que llegan!

Desde el bosque se escucharon ruidos como de algo muy grande que se movía lentamente. Lyren se levantó del suelo, miró al bosque, una bandada de pájaros salió volando.

—Ya está aquí.

Del bosque salió una especie de bestia enorme, parecía el dibujo de un niño pequeño. Era del tamaño de dos elefantes, de color negro y no tenía cabeza. De la espalda le salían unos tentáculos que no paraban de moverse como si fueran serpientes gigantes. Se quedó quieto un momento y entonces abrió una especie de boca y soltó un grito espeluznante que parecía de persona. Lyren no gritó pero se puso a correr como nunca lo había hecho en dirección contraria a esa bestia gigante.

—¡Hacia allí no! —dijo el cuervo que la seguía volando—. Pero ella no estaba para escuchar a animales parlantes, así que continuó corriendo hasta llegar al otro lado del campo de hierba, donde también había bosque. Lyren dudó unos segundos y entró en el bosque. El cuervo llegó segundos después. Se puso encima de una rama.

—¡No me sigas! —dijo Lyren nerviosa.

Si no fuera un cuervo, habría jurado que cuando habló lo hizo con un tono ofendido.

—Tienes que ir hacia... —comenzó el cuervo.

—Quiero ir a casa —dijo ella sin dejar terminar al cuervo.

Pareció que el cuervo iba a decir algo cuando desde las profundidades del bosque vio llegar algo. Lyren se preparó para huir de otra bestia extraña pero lo que vio no fue ningún tipo de bestia. Al principio le pareció que eran unas mariposas que soltaban purpurina, entonces las

miró de más cerca. Eran unas pequeñas chicas con alas que relucían, todas eran de diferentes tonos de grises y parecían muy risueñas. Una se posó en su mano; entonces recordó algo que le habían explicado.

—¡Hadas! —dijo sorprendida—. ¡Pensaba que se habían extinguido!

Las hadas empezaron a tirar de su túnica y a guiarla hacia dentro del bosque. Lyren las siguió, pero el cuervo se puso encima de su hombro.

—¡Dejadla en paz!

—No están haciendo nada...

—Sí que están haciendo algo —replicó el cuervo.

Entonces le dio un picotazo a una de las hadas que de pronto se puso de color negro y dejó de brillar y parecer risueña. Dio un grito parecido al que había dado la bestia de la que estaba huyendo, entonces todas las hadas se volvieron negras y mientras dos de ellas entretenían al cuervo, el resto se dedicó a arrastrar a Lyren hacia dentro del bosque. Lyren empezó a tener miedo.

—¡Eh, cuervo!, ¡haz algo! —dijo intentando deshacerse de las hadas, pero el problema estaba en que eran muchas.

—Tengo nombre —dijo indignado.

—¡Este no es el momento!

Las hadas la estaban arrastrando hacia un agujero que había en un claro del bosque. Cuando Lyren pensaba que la iban a lanzar dentro, pasó algo: el cuervo estalló y en el mismo sitio que antes había habido un pájaro parlante, había un chico no mucho mayor que ella que fue agarrando a las hadas de una en una y las fue lanzando contra los árboles más cercanos; las que quedaron huyeron volando.

—¿Me harás caso ahora?

—Sss, Sí —dijo Lyren más confundida de lo que creía que podía estar.

El chico tenía un aspecto extraño. El pelo negro como el carbón hacía destacar una piel blanca y unos pequeños ojos negros que le recordaban a los de un cuervo. La guió fuera del bosque hasta una casa en medio de una explanada, la invitó a entrar.

En la casa no había mucha cosa aparte de una plataforma y unos cuantos armarios y cajones. El chico se puso a buscar algo.

—Aquí no estás segura...

—¿Cómo que no estoy segura? ¿Quién eres? ¿Dónde estamos?

—Yo soy Cynric y estamos en mi casa.

—Ya supongo que estamos en una casa, lo que digo es qué es este lugar.

—¡Ah! Vale. De donde tú vienes lo llaman Limbo o eterno gris.

—¿Qué? —dijo Lyren sin acabar de creerse lo que estaba escuchando.

—Tenemos que ir a ver al gran mago, cometen un error al perseguirte. No te preocupes —dijo Cynric, la cogió de la mano y la miró a los ojos—, todo saldrá bien.

A pesar de estar en un lugar desconocido donde la perseguían, en ese momento se sintió segura.

Cynric la llevó hasta la plataforma sin soltarle la mano, subieron, murmuró unas palabras y el mundo a su alrededor se desvaneció, dejó de notar el suelo bajo sus pies, lo único que notaba era la mano de Cynric. Entonces la realidad volvió y notó cómo poco a poco había suelo y miró a su alrededor. Delante de ella se alzaba un inmenso castillo de piedra negra. Cynric le soltó la mano, cosa que hizo que Lyren se sintiera desprotegida; si fuera por ella, nunca más le habría soltado la mano.

Cynric señaló al castillo.

—Allí está el gran mago, solo tengo que hablar con él y todo estará arreglado.

—¿Entonces podré volver a casa? —dijo Lyren.

Cynric no respondió, se limitó a caminar en dirección al castillo.

La puerta principal estaba abierta, caminaron un buen rato por corredores oscuros, y, cuando Lyren creía que se habían perdido, Cynric se paró en seco delante de una puerta muy grande. Se puso cara a Lyren, ella no supo cómo interpretar eso.

—Quiero que sepas que no quería que te sucediera nada. Sé que tú no me conoces, pero yo te conozco muy bien; pase lo que pase allí dentro, te deseo toda la suerte del mundo.

Cuando acabó de hablar, le dio un abrazo. Entonces, Lyren sintió en ese chico algo que había estado allí todo el tiempo, sintió una soledad y un vacío inmensos. Ella también le abrazó, se quedaron así unos segundos; luego, Cynric entró por la puerta.

Lyren no sabría decir cuánto tiempo esperó hasta que la puerta se abrió sola, supuso que debía entrar.

Al cruzar la gran puerta, Lyren se quedó maravillada. Aunque la sala tuviera las paredes negras como el resto del castillo, tenía unos ventanales gigantes por los que se veía el cielo sin sol. En medio del salón había un trono y, sentado en él, había un hombre de barba y pelo largos que debía de medir unos tres metros de altura. La estaba mirando fijamente, su mirada intimidó a Lyren.

—Acércate —dijo con una voz grave que resonó por toda la sala.

Al recorrer toda la alfombra gris que llevaba hasta el hombre gigante, Lyren tropezó y casi se cae un par de veces de los nervios. Al llegar, hubo unos segundos de silencio y luego habló.

—Supongo que tendrás muchas preguntas.

No era lo que Lyren se esperaba; pero le reconfortó que estuviera dispuesto a darle respuestas y puede que soluciones: —¿Qué hago aquí?

—Buena pregunta, Lyren.

Lyren se preguntó por qué sabía su nombre, ella no lo había dicho.

—No hay una forma suave de decir esto... Estás muerta.

Lyren se quedó muda de la sorpresa.

—Pero si antes de despertarme en este lugar, me fui a dormir, ¿o no...? — pensó Lyren.

Pensándolo bien, recordaba mucha agua y nada más.

—¿No lo recuerdas? —dijo el hombre—. Te ahogaste.

Lyren no dijo nada, pensó que, si abría la boca, vomitaría.

—Ha habido un problema. Primero deja que me presente, yo soy el gran mago y reino en este lugar, y el problema es que no deberías estar aquí.

—¿Por eso me perseguían? —preguntó recuperando poco a poco la voz.

—Sí, te perseguían porque detectaban un intruso.

—¿Cómo he llegado hasta aquí?

—Mejor que te explique la historia desde el principio —dijo el gran

mago—. Ya conociste a Cynric, él en el pasado fue tu espíritu guardián. Desde que se nace todos tenemos uno. Un espíritu guardián cuida de su protegido, puede cambiar el destino, pero hay una cosa que no puede cambiar, la muerte. Tú deberías haber muerto cuando tenías quince años, pero Cynric se había enamorado de ti y te salvó alargándote la vida y cambiando así el destino de muchas otras personas.

Lyren iba asimilando poco a poco lo que el mago decía. El mago continuó hablando.

—Por esa falta grave exiliaron a Cynric aquí, y yo lo acogí y se convirtió en mi confidente. Pero, a pesar de todo, no te pudo olvidar. Entonces volvió a llegar la hora de tu muerte, te ahogaste en un río. Deberías haber ido al lugar identificado como el paraíso por los tuyos, pero intervino una magia tan antigua como poderosa; me atrevería a decir que más fuerte que cualquier magia que yo pueda hacer. La magia del amor. El deseo de Cynric de poder volverte a ver era tan fuerte que cuando falleciste te arrastró hacia aquí. Pero tienes suerte, como gobernante de uno de los Siete Limbos, te puedo devolver a donde perteneces. ¿Qué decides hacer?

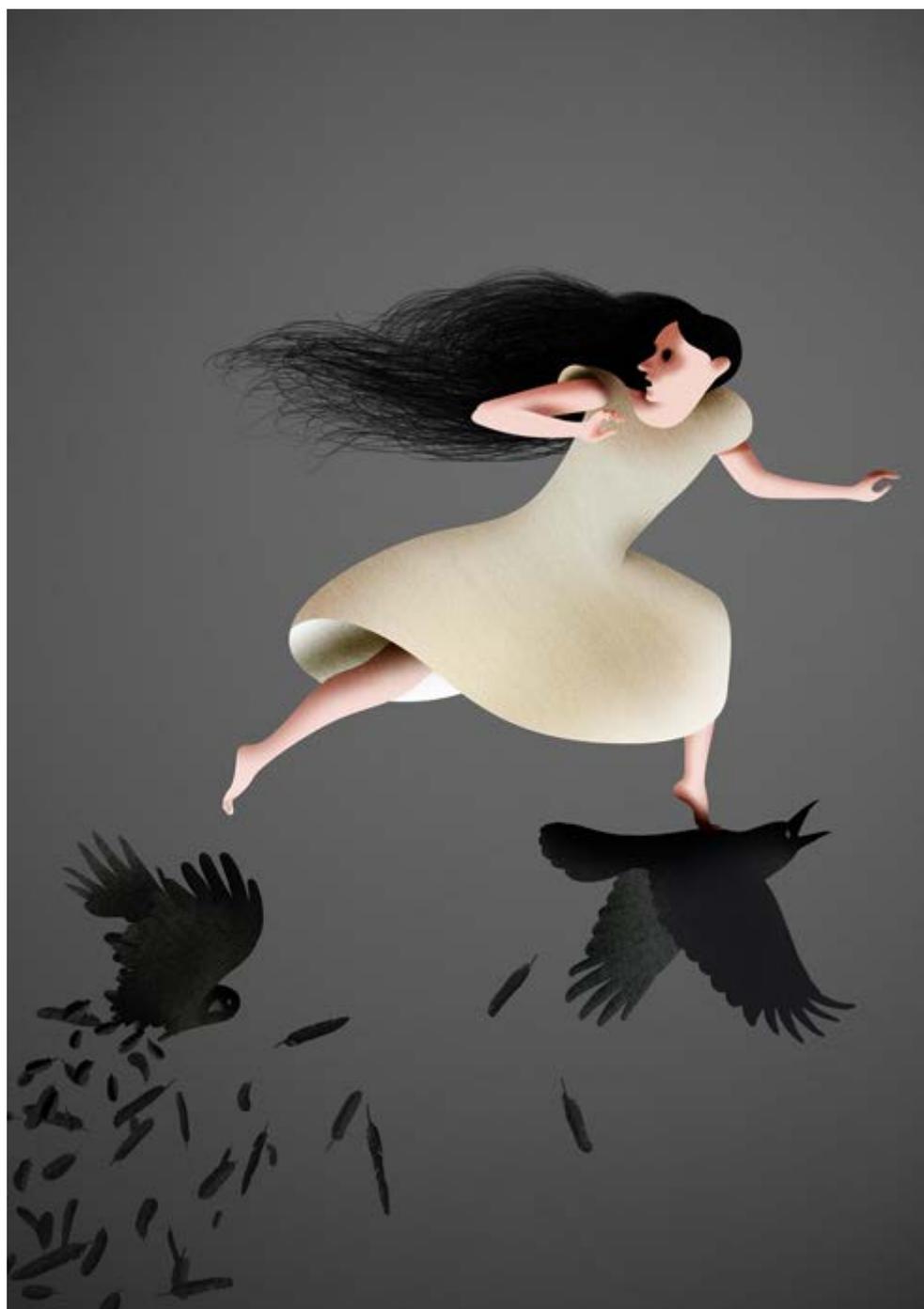
—¿Dónde está él?

EL mago señaló una puerta detrás del trono.

—Detrás de esa puerta.

A Lyren no le fue fácil tomar esa decisión.

—Creo que yo... me voy a quedar.



Los magos musicales

Paula Azcona Garabito

Aula Hospitalaria CPEE Hospital General Universitario Gregorio Marañón de Madrid

Érase una vez una partitura de música en la que iban paseando un Sol y un Mi. Por Do, pasaba un silencio que mandaba callar. La y Fa cotilleaban sobre si Re era un poquito marimandona...

Era un día normal, pero de repente llegó un mago llamado piano, otro llamado violín, otro llamado contrabajo, y así miles y miles de magos empezaron a hacer que las notas musicales mágicamente sonasen. La y Fa dejaron de cotillear y empezaron a cantar como ángeles; hasta el silencio que había en Do empezó a actuar.

Los magos se fueron y todas pararon. Pero quedaron boquiabiertas por lo que habían sido capaces de hacer, se miraban entre ellas, incluso estuvieron una hora entera calladas y, poco a poco, fueron recuperando el habla hasta que se les olvidó lo que había pasado porque las notas de música son muy olvidadizas.

Pero al día siguiente a la misma hora volvieron los magos. La guitarra, la flauta, y el clarinete se pusieron a sacar su magia y a tocar las notas musicales de nuevo. Do sacó su mejor tono de voz. Si hacía casi llorar de la emoción y todos juntos eran un conjunto de mágicos sentimientos.

Cuando terminaron, se fueron y de nuevo dejaron a todas con la boca abierta de par en par, ¡por lo que decidieron intentar descubrir qué era eso!, porque esta vez ya no lo podían olvidar.

Hicieron todas las notas una asamblea hasta decidir que, cuando volviesen los magos, les pedirían explicaciones, pero solo lo intentaron, ya que cuando llegaron, solo podían cantar y cantar para luego quedar alucinadas. Por ello hicieron otra asamblea decidiendo que para el día siguiente se pondrían esparadrapo en la boca para no cantar.

Al día siguiente, al ver los magos que no cantaban, se extrañaron y preguntaron:

—¿Qué pasa?

Do sostenido que era la más atrevida dijo:

—¿Quiénes sois?

Los magos se empezaron a reír y un saxofón dijo:

—Somos los que hacemos que vuestra vida tenga sentido y no os apaguéis. Las notas se miraron. Se quitaron los esparadrapos y dijo Sí:

—En ese caso... ¡que empiece la música!

Y desde entonces todos los días fueron los magos a hacer su magia con las notas.



Ilustración: Nuria Noguera

Raquel

Irene Martín Peralta

Aula Hospitalaria del Hospital Clínic de Barcelona

Todo el mundo daba por supuesto que Raquel sería la esposa de un comerciante de su misma posición, que daría a luz a un digno heredero y que sería anfitriona de las mejores veladas. Así había sido la vida de su madre, y la de la madre de su madre, y la de la madre de la madre de su madre; y al igual que todas ellas a su edad, se convenció de que su vida la decidiría solo ella.

Tenía dieciséis años cuando el señor Ámbar, su padre, empezó a insistir en el tema de su matrimonio. Fuese lo que fuese lo que decidiese hacer para librarse de ello, debía hacerlo rápido. No tenía muchas opciones. Si asustaba a todos los hombres, se convertiría en una solterona y todas las muchachas de las otras familias ricas de la ciudad la marginarían. No había sitio para ella allí. El día de su decimoséptimo cumpleaños, después de su fiesta de pedida, Raquel Ámbar huyó de casa.

Así empieza nuestra historia, cuando una señorita acostumbrada a grandes comodidades camina todo lo rápido que puede con el miriñaque y sus zapatitos de charol. La mansión Ámbar estaba a las afueras de la ciudad de Bree. Los sirvientes de la casa hacían el camino varias veces al día sin esfuerzo, pero ella tenía su carroza.

Bree se encontraba en una colina, en el cruce del Gran Camino del Este con el Camino Verde, por lo que existía en la población cierta actividad comercial. Cuando al fin llegó allí, con el bonito vestido de baile lleno de lodo, pensó que justamente allí sería el primer lugar donde la buscarían. Debía ir más lejos. Siguió por una senda que iba hacia el norte.

Nada más sentirse segura de miradas de extraños y, más importante, de no extraños, se quitó el miriñaque, se aflojó el corsé y trató de limpiar el polvo que emblanquecía su cabello. El vestido seguía siendo demasiado bueno como para pasar por una pobre cualquiera pero confiaba en que la inculta de la plebe ni se enteraría.

Raquel, aunque valiente y luchadora, se había criado entre el desprecio de todos los que no llegaban a cierta posición social; era la princesa y ellos simples lacayos. Acostumbrada como estaba a tenerlo todo sin siquiera tener que pedirlo, no se le pasó por la cabeza que, fuera de las propiedades de los Ámbar, no tendría qué comer, ni dónde dormir, ni ninguna forma de guarecerse del frío. Para ella era como una excursión, como cuando de niña salía con su institutriz a buscar elfos o hobbits como los que, según las leyendas, había antaño.

Ella anduvo y anduvo, y, como su sentido de la orientación no era demasiado bueno e iba dando muchas más vueltas de las necesarias, se hizo oscuro cuando estaba apenas a una hora de la ciudad de Bree. No había comido más que queso y chocolate, que había robado de la despensa por puro capricho, pero las provisiones se le agotaron nada más salir de los bolsillos.

Aun así, a pesar del hambre, levantó la cabeza para mirar las estrellas, soñadora, alabándose a sí misma por su valentía, sin ser consciente de que estaba sola, de noche, en una tierra plagada de asaltadores de

caminos y animales peligrosos. Hay que reconocer que era un paisaje espléndido. Chet era un bosque de caducifolias con el terreno bastante ondulado, pero tranquilo y hermoso.

Raquel había encontrado un claro entre los árboles en el centro del cual había una gran piedra azul, semitransparente y que parecía emanar luz de su interior. Era plana por arriba y, aunque era bastante alta, ella no dudó en subirse. Ahí estaba su cama, como si las manos de la naturaleza fueran también sus criados.

Nada más apoyar la cabeza en el azul, quedó dormida.

Despertó cuando aún era de noche. De hecho, ni siquiera parecía que fuera a salir el sol por el momento. Se sentía ya completamente descansada, con la sensación de haber dormido mucho y de haber acabado todo el sueño que tenía y no poder volverse a dormir jamás.

El aire soplaba de forma constante, y se podía respirar la eternidad en las rocas y en los árboles. La gran piedra azul aún había crecido más, ahora sobresalía entre las ramas. Raquel, sorprendida y desconcertada miró hacia abajo. Cientos de seres diminutos y alados pero con apariencia humana "revolteaban" en la base como un enjambre de abejas rabiosas.

—¿Quién ha osado tocar nuestra Piedra Madre? —gritó uno de los seres de tono más azulado.

Raquel sintió miedo por primera vez desde que había salido de casa. Ahora todos los sólidos argumentos con los que se había convencido habían perdido su significado. Quería volver a casa y estar en su cama calentita y segura. Pero Raquel tenía demasiado orgullo para contradecirse de ese modo. No podía volver así sin más.

—Cogedla y lleváosla a las mazmorras. Si es capaz de ver y tocar nuestra piedra, puede ser alguien muy peligroso —ordenó ahora.

Así fue, se la llevaron, la encerraron y la torturaron de mil formas, pero de eso ella no pudo recordar nada. Amaneció en la histórica posada del Pony Pisador magullada y dolorida, y con la sensación de haber soñado con algo horrible, pero sin poder llegar a definir qué exactamente. Quizá así fuera mejor.

Se levantó y vagó sin rumbo por las calles vacías en una madrugada que se presentaba fría y húmeda. No quería pensar, sabía que su única salida era volver a casa, pero aún era demasiado orgullosa. Solo al verse reflejada, sucia y mugrienta, en un charco que se había formado donde las ruedas de los carros escarbaban al pasar la tierra, se decidió a volver.

Descubrió que había pasado un mes desde su salida, aunque a ella solo le hubiera parecido un día. Sus padres convencieron al vecindario de que ella había estado todo ese tiempo de visita con unos primos de otra región, aunque al principio les hubieran ayudado en la búsqueda.

Como su madre, y la madre de su madre, y la madre de la madre de su madre, Raquel Ámbar se casó con un rico comerciante y tuvo tres preciosos hijos, dos niñas y un niño. Al fin y al cabo, ¿por qué ella debía ser diferente? Asumió que no era nada más que una entre muchas, nada importante. Pronto olvidó su extraña aventura.

Al fin y al cabo, ella ¿qué sabía del motivo por el cual podía ver y tocar la Gran Piedra Madre? ¿qué sabía de que era la única que podía hacer renacer la vida en los pueblos de los elfos, los enanos y los hobbits? ¿qué sabía de que era la heredera del gremio de los magos y que su misión era volver la magia a la Tierra Media?



Poderosa

Rebeca Oncu Elisabeta

Aula Hospitalaria CPEE Hospital Universitario Infantil del Niño Jesús de Madrid

¿Nunca en tu vida te sentiste vacía, como si tu vida no tuviese sentido, y día tras día te preguntases el sentido de tu existencia? Yo sí. Tuve una vida triste, para mí nada tenía sentido, no vivía. Solo dejaba pasar los días esperando el final de cada uno. "Un día menos, es un día más cerca de la muerte", ese era mi lema. Pasaba de todo.

Pero un día algo cambió. Una chispa, algo que hizo que pensara que había esperanza cambiando completamente mi mentalidad, haciendo que mirase todo con otra perspectiva, llenándome completamente, como si fuera una botella y, de pronto, me llenase. Ya no estaba vacía, ya no era la chica débil que vivía el día esperando que llegase la noche como el final de un día más. Ahora era poderosa, la venganza me movía.

—Hadalia, ¿piensas quedarte todo el verano encerrada en tu cuarto? Ha pasado ya una semana desde que os dieron las vacaciones —me dijo mi madre acercándose al borde de la cama donde me encontraba—. Tienes que salir, ayer Lydia preguntó por ti.

Mi madre estaba preocupada, algo completamente normal considerando que tenía una hija antisocial. Lydia era mi mejor amiga desde

que teníamos siete años, y de esto habían pasado ya nueve años. Lydia era una hermana para mí.

—Mamá, no me apetece nada, dentro de un rato saldré a dar una vuelta, pero, por favor, déjame sola.

Ella asintió apenada y salió de mi pequeño cuarto.

Tras comprobar que estaba sola en mi cuarto, me levanté de la cama y estiré los brazos. Aún estaba en pijama, y decidí vestirme perezosamente. Fui al armario y cogí unas mallas negras, una camiseta holgada gris y mis Converse a juego. Me miré al espejo con desgana y, antes de salir, decidí enviarle un SMS a Lydia: "Saldré al claro, estaré allí toda la tarde por si te apetece venir."

Pulsé la tecla de Enviar, dejé el móvil y me dispuse a salir.

Lo bueno de este pueblo era que estaba todo rodeado por un gran bosque, cosa que me parecía estupenda. La calma del bosque me hacía disfrutar tanto de la brisa como del canto de los pájaros. La naturaleza es maravillosa.

Empecé a andar alejándome cada vez más del pueblo, adentrándome en el bosque. Las ramas se movían al son de la brisa, era mágico. Cuando estaba aquí me sentía feliz. La naturaleza me hacía sentir cosas que no sentía en otros sitios. Me hacía sentir viva. Seguí andando hasta dar con el claro, era mi lugar secreto, y también el de Lydia. Lo compartíamos todo, era nuestro secreto. No era fácil llegar al claro porque el bosque era enorme y te podías perder. Primero había que subir una cuesta al sur del bosque, luego girar a la derecha donde los árboles y matorrales eran tan espesos que no podías ver tras ellos; de ahí en adelante, había una gran caminata. Después, había que bajar una cuesta muy empinada para bajar al claro, donde todo el esfuerzo merecía la pena. En el claro había una pequeña cascada que formaba

un pequeño lago con un agua tan cristalina que parecía una piedra preciosa de color celeste. Me senté a un lado del lago, observando el fondo y vi unos pececillos nadando libremente; eran tan elegantes... ¡tan preciosos! Alcé la cabeza y vi unos majestuosos pájaros. Había mariposas y libélulas que revoloteaban libres por el claro.

Cerré los ojos y disfruté del viento, de la brisa en los árboles, del canto de los pájaros. El silencio y el ruido se mezclaban y mi sensación de libertad aumentaba. Me gustaba disfrutar de la soledad del claro. De repente, se hizo el silencio, no se oía nada, ni las ramas danzando, ni los pájaros piando, nada; todo sonido fue sustituido por el silencio... el vacío. Abrí los ojos alarmada, mirando a los lados atentamente. No había señal de vida. Era como si se hubiese parado el tiempo, como si todo organismo vivo hubiese desaparecido.

—No te asustes, Hadalia, ha llegado la hora de que tu energía aparezca.

Era una voz que venía del lago, y me giré asustada. Detrás de mí había una mujer tan blanca como el marfil. Su pelo era largo, fino y blanco como la nieve, sus ojos, tan celestes como el agua del lago. Era esbelta y muy bella, y la túnica blanca le daba un aspecto de gran pureza. El primer impulso fue salir corriendo, sin embargo, no podía; algo en ella me transmitía tranquilidad, como la de estar en el bosque.

—¿Quién eres? —fue lo único que salió de mi garganta.

—Yo, querida mía, soy el alma de este bosque, soy la fuerza de los cinco elementos —respondió—. Llevo observándote desde las raíces y las ramas de los árboles, desde la suave brisa...esperando este día.

—¿Para qué? —pregunté. No entendía nada.

—Para ayudarte, para ayudar a tu alma. Ayudar a que tu magia nazca hoy.

Ante tal descubrimiento me quedé callada. No entendía nada de lo que decía...

—Hija mía, esto es real, ¿no sientes la fuerza de los elementos?, ¿el aura de la naturaleza dentro de ti? Siempre lo has sentido, pero no has sabido interpretarlo.

Lo que decía era cierto, sentía cosas en el bosque que nunca había llegado a sentir en ningún otro sitio.

—¿Qué debo hacer? —le pregunté.

—Nada, sólo siente. Siente los cinco elementos de la naturaleza en tu interior.

Entonces desapareció en la nada.

El aire comenzó a soplar, cada vez más fuerte y en círculos alrededor de mí, como un huracán, en el que el centro era yo. Cerré los ojos, extendí los brazos y me deje llevar, era como si supiera lo que tenía que hacer. Algo en mi interior sabía cómo actuar. Miles de sensaciones recorrieron mi cuerpo. Cuanto más tiempo pasaba, más conocimientos iban llenando mi mente, colmándose de sabiduría. Era una energía poderosa que me iba llenando desde las puntas de los pies y las manos, como si mi cuerpo fuera una botella llenándose. Y así, hasta llegar al éxtasis. El huracán fue amainando y dando paso a una suave brisa. Todo el ecosistema volvía a la normalidad.

Sin embargo, no todo seguía igual. Yo había cambiado. Me sentía poderosa, llena de conocimiento. Todo estaba en mi mente, muchas letras que podía descifrar, hechizos, pociones curativas, todo. Mis sentidos, del mismo modo, aumentaron. Fui abriendo poco a poco los ojos, acostumbrándome. Empecé reconociendo el entorno, divisé el lago a mi lado, fui acercándome a sus aguas, intentando ver mi reflejo

en ellas. Mis ojos habían cambiado, dejaron de ser azules para dar paso a un color violeta azulado.

Me di la vuelta, vi algo extraño, algo de lo que antes no me había percatado. Desde la lejanía vi un cuerpo tumbado, inconsciente.

—¡Oh, no, Lydia! —pensé—. Se me ha olvidado por completo, el huracán debe de haberla dejado así.

Corrí hacia ella, llegando a su lado rápidamente, sorprendiéndome de mi agilidad.

Me senté a su lado, zarandeeé suavemente su cuerpo, pero nada, no despertaba. Le tomé el pulso, algo que debí haber hecho al principio, seguía viva.

—Usa tu magia interior, confía en tu poder, reánimala —sonó en mi interior.

No sabía cómo, pero no iba a dejar a Lydia así. Me puse de rodillas sintiendo cómo la energía emanaba de mí hacia ella. Puse mis manos sobre su corazón. Pronuncié unas palabras en latín antiguo. Todo me salía solo.

Empecé a sentirla, su aura estaba mejorándose, despertando de su inconsciencia. Volvía a respirar normalmente. Su mente despertó, poco a poco incorporándose a la realidad.

Abrió los ojos, me miró, entonces sentí miedo, la verdad me golpeó. ¿Qué le iba a decir?, no sabía si mentirle o decirle la verdad, ¿cómo le explicaría todo esto?, era mi mejor amiga, pero...

—¿Qué me ha pasado? —preguntó Lydia interrumpiendo mis pensamientos.

—Yo... —no sabía qué decir.

Antes de que pudiera decir nada, un estruendo me puso alerta, asustando a Lydia. Se oían varios pasos corriendo en nuestra dirección, si no corríamos, algo me decía que acabaríamos muy mal.

—¡Corre! —grité levantándome rápidamente y cogiéndola de la mano para que me siguiera.

En la carrera nos dirigimos en la dirección contraria de los dueños de los pasos antes oídos. Corríamos con todas nuestras fuerzas. Lydia se había parado unas cuantas veces para intentar que le explicara por qué corríamos, pero ni yo lo sabía; el instinto me guiaba.

Miré hacia atrás, un par de espectros seguidos de dos lobos llenos de rabia nos pisaban los talones. Entonces, una idea cruzó en mi mente, esas cosas seguramente me querían a mí, para ellos Lydia daba igual.

Vi la oportunidad de salvarla, corriendo. Enfrente había una separación, ella iría por el lado izquierdo tapada por arbustos, yo subiría la montaña.

Cada vez nos acercábamos más, aun siendo perseguidas

—Vayamos por la izquierda —grité ahogada. Ella asintió.

La empujé a los arbustos y emprendí la ruta derecha, las sombras irían a por mí dejando en paz a Lydia, ella no tenía nada que ver con esto.

Corrí sin rumbo, cada vez estaba más cansada, no sabía qué hacer. Miré atrás, nada, ya nada me perseguía. Me calmé, miré al cielo, estaba anocheciendo.

Sin previo aviso sentí que caía, caí al suelo con la vista cada vez más nublada, hasta que ya no veía nada; cayendo así inconsciente en un sueño.

Un prado se cernía bajo mis pies, sin nada más a la vista, solo una pequeña porción de niebla que, poco a poco, se solidificaba convirtiéndose en un cuerpo cada vez más nítido. Era una señora, su cara me resultaba familiar, tenía mis mismos rasgos, el mismo color de ojos; se parecía a mí.

—Pequeña Hadalia —me llamó, con un todo dulce y orgulloso—, tu naturaleza ha despertado, la magia corre por tus venas; al igual que conmigo en el pasado —me sonrió—. Un gran peligro te acecha, él te ha encontrado, cree que tú posees el fuego celestial, no está equivocado, has de tener cuidado, desde ahora tú posees toda la sabiduría de nuestra familia, todo el conocimiento lo posees tú, siempre estaré en tu interior guiándote.

Tan rápido como apareció, el viaje astral que estaba efectuando terminó, desvaneciéndose, poco a poco, para llevarme nuevamente a la realidad.

El día empezó a oscurecerse, tenía que darme prisa y llegar lo más deprisa a casa, tenía que asegurarme del bienestar de mi madre.

Corrí lo más deprisa que pude hacia casa, tenía un largo viaje y poco tiempo.

Exhausta llegué, las luces del interior de la casa estaban encendidas, lo que me alivió en parte. Fui hacia la puerta, giré el pomo para abrirla, entré y cerré la puerta. Mi madre se encontraba en el sillón, mirando la televisión, fui corriendo a abrazarla por el gran miedo que aún sentía.

—¿Qué pasa hija?, ni que... —se interrumpió al ver mis ojos.

De pronto, se levantó comprendiendo lo que sucedía, la abuela le había advertido antes de morir.

Tiraron una piedra a la ventana del comedor emitiendo un gran estruendo, me asusté agachándome rápidamente en un acto reflejo. Por la ventana rota entro una bola de fuego, incendiando gran parte del comedor; entonces mi madre me cogió la mano arrastrando de mí.

—¡Vamos! ¡En el sótano hay un libro de hechizos! —me arrastró hacia el sótano corriendo.

Yo le hice caso. En breves instantes llegamos, nos metimos dentro y cerramos la puerta tras nosotras. Mi madre, agitada, empezó la búsqueda del libro antes mencionado, desordenando el sótano con las cajas de libros, buscando el adecuado.

La casa ardía por cada momento que pasaba.

Cuando al fin encontró el libro me lo tendió para que lo cogiese, abierto por una página que ella había buscado.

—Lee el hechizo y concéntrate en un lugar seguro —dijo cogiendo mi mano.

Hice lo que me dijo, concentrándome en el claro. La habitación desapareció dando lugar al sitio del pasado.

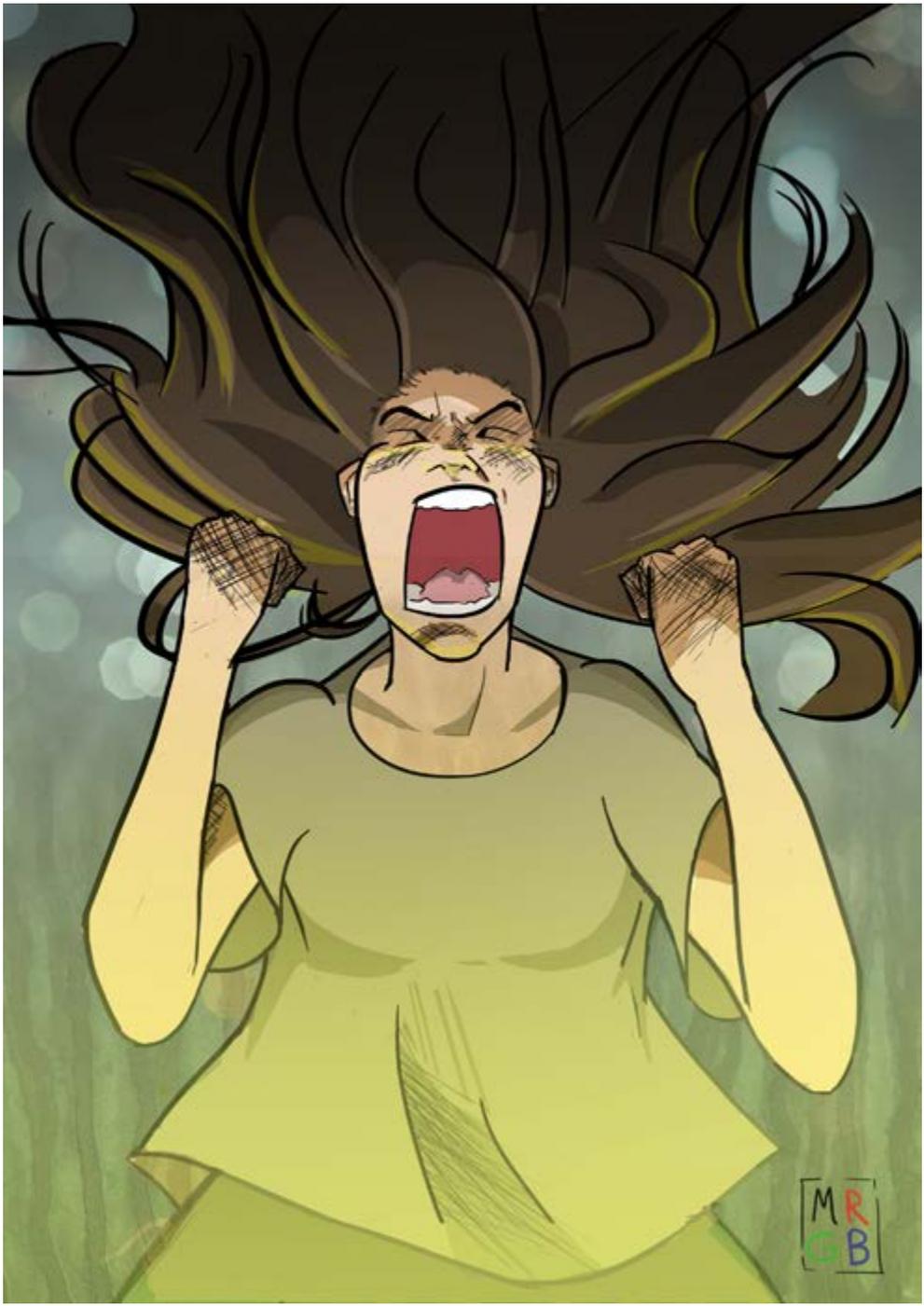
Entonces a mi mente llegó algo que había olvidado, Lydia.

Estaba tendida inconsciente, sentí como el mundo se derrumbaba en los instantes en que la vi. Corrí hacia ella con lágrimas en los ojos, había sido mi culpa, había muerto por mi culpa.

Mi madre sollozó, para ella Lydia era importante al igual que para mí. Me dio un abrazo por la espalda.

Pensé en los seres que la habían asesinado, la ira me invadió, me sequé las lágrimas.

Me levanté con ella en mis brazos, ya no me sentiría triste, esto era algo personal, no me sentiré satisfecha hasta haber acabado con sus asesinos, no iba a parar hasta cumplir mi venganza.



La verdadera magia

.....
Laura Agudo Sáez

Equipo de Atención Educativa Hospitalaria y Domiciliaria de Albacete.
Aula Hospitalaria del H.G.U. de Albacete

Nunca he creído en la magia. Me parece algo surrealista y absurdo. Solo sirve para crear falsas esperanzas de la vida a los niños, ilusionarlos con un futuro que nunca llegarán a tener y no dejarles crecer como personas.

Me llamo Celia y tengo quince años. Puede decirse que mi vida es más aburrida que una clase de historia. Mi madre murió cuando tenía nueve años, y mi padre es un hombre muerto en vida, ya que, desde que mi madre falleció, la luz que lo mantenía despierto cada día se va apagando, y cada día muestra menos interés por las cosas. Para colmo no tengo hermanos, y la situación económica que estamos pasando mi padre y yo es desesperanzadora, ya que trabajaba en una vieja ferretería, pero que, a causa de la crisis, ha tenido que cerrar sus puertas para siempre.

Llevando la vida que llevo, me niego a creer que esa buena suerte de la que tanto hablan y la deseada magia de tantos niños pueda existir. Si de verdad existe la magia y la buena suerte, ¿por qué la muerte se llevó a mi madre siendo la persona más cariñosa, amable y positiva del mundo? Es una pregunta que no sé cómo responder.

Estamos a mediados de diciembre, y un manto de nieve cubre la ciudad. Estos días son difíciles para mí. Mañana hace seis años que mi madre falleció, y tengo que ir al cementerio, pero la verdad es que me da muchísimo miedo, porque cuando estoy allí me invade la tristeza y la soledad.

Me desperté a las ocho de la mañana, sobresaltada por el despertador. Me puse mi vestido negro, me arreglé en el baño y cogí dinero para comprar flores. Hacía mucho frío y el viento soplabá muy fuerte. Me dirigí a la floristería más cercana a mi casa y compré un pequeño ramillete de claveles, las flores preferidas de mi madre. Tuve que ir caminando al cementerio. Mis manos sostenían el pequeño ramo como si fuera un tesoro. Apenas sentía la cara y las manos, y pude ver cómo mis uñas cogieron un tono morado debido al frío. Casi una hora después, llegué al cementerio. La tumba de mi madre estaba muy lejos de la puerta principal. Me fijé en la cantidad de lápidas que había. ¿Cuántas personas estarán enterradas en este lugar? Niños, adultos y ancianos. Personas que no esperaban morir y que aún tenían muchas cosas que contar. Cada persona que muere se lleva consigo un secreto, que ningún humano con vida podrá descubrir jamás. Miles de sentimientos, deseos e ilusiones que se han perdido por el camino. Casi todo el mundo teme a la muerte, ¿cómo será? Yo he aprendido a no tenerle miedo. La muerte es caprichosa, y cada día desea tener en su poder muchas más almas inocentes. Es ley de vida y no se puede cambiar.

Llegué a la tumba y me senté junto a ella. Pude notar su presencia, y mis ojos se inundaron de lágrimas. La echo tanto de menos. Ya no recuerdo cómo es sentirse feliz. Tengo una herida abierta en mi corazón que aún no ha cicatrizado, y me duele. Me duele mucho. Me acerqué para dejar las flores en el jarrón, pero en ese momento, una fuerte ráfaga de viento me las arrebató de las manos. Corrí desesperada detrás

de ellas. A lo lejos pude ver cómo aterrizaban en el suelo, a los pies de un árbol. Los claveles parecían un charco de sangre en aquel paisaje nevado.

Una sombra apareció apoyada en el tronco del árbol, una figura humana. Mis pies se detuvieron y mi corazón empezó a latir mucho más rápido de lo normal. El cementerio estaba desierto, lo que quería decir que si esa persona tenía malas intenciones contra mí, yo estaba perdida. Era un hombre, no podía saber qué edad tenía porque iba muy abrigado. Se agachó y recogió las flores lentamente. Un poco después levantó la cabeza y se dirigió hacia mí. Era un chico de unos dieciséis o diecisiete años. Su mirada era tan cálida que el frío que sentía desapareció por unos segundos. Me entregó las flores mientras me sonreía amablemente. Yo le miré desconfiada. La simpatía y tranquilidad que desprendía ese chico no era normal. Antes de que pudiera darle las gracias, él se me adelantó y empezó a hablar.

—Menuda mirada me estás echando. A ti eso de sonreír no te va ¿eh?
—su voz era traviesa y seductora.

—No estoy para bromas. Gracias por recogerme las flores, pero ahora tengo que irme. Adiós —intenté contestar lo más segura posible, aunque no muy convencida de haberlo conseguido.

Di media vuelta y comencé a caminar.

—Dime al menos tu nombre.

Me detuve y giré la cabeza.

—Celia. ¿Y tú?

—Daniel.

Asentí y esta vez no dejé de caminar. Dejé las flores en la lápida y me fui a mi casa. Los profundos y enigmáticos ojos de ese joven se queda-

ron grabados muy dentro de mí. Me quedé pensando en todo lo que había pasado. ¿Qué hacía ese muchacho en el cementerio?

Pasaron los días. Yo ya me había olvidado de lo sucedido y no le di más importancia. Era plena Navidad y yo aprovechaba estas fechas sin exámenes para poder ir a la biblioteca y leer allí. Me encanta ese sitio. Es tan relajante y acogedor. Me parece un mundo aparte, lleno de historias y secretos que esperan ser descifrados. Cuando leo y escribo siento que formo parte de algo importante y único, un extraño lugar en el que la única llave que existe para abrir la puerta a aquel sitio, la tengo yo. Uno de esos días, mientras leía un libro sobre las estrellas, noté que había algo fuera de lugar. Después de observar la biblioteca buscando el origen de aquel desorden, descubrí lo que me incomodaba tanto. Un muchacho me observaba con la mirada fija y desafiante. Esos ojos me resultaban familiares. Agaché la cabeza intentando recordar dónde había visto a ese chico antes. Un recuerdo me vino a la cabeza. Los claveles. Aquellos ojos azules eran los mismos que vi en el cementerio aquella mañana. Me asusté un poco al contemplar la posibilidad de que ese joven me hubiera seguido hasta la biblioteca.

—Será una coincidencia —intenté convencerme.

Decidí ser valiente y acabar con esta broma de mal gusto. Cerré mi libro y me dirigí a la mesa donde se encontraba. Me senté frente a él y me quedé mirándole enfadada.

—¿Por qué me has seguido?

—No te he seguido, yo vengo por aquí muy a menudo.

—¿Y por qué no paras de mirarme? Resulta muy incómodo leer con alguien que no te quita el ojo de encima.

—La amistad es como una planta que hay que regar todos los días.

Yo sólo hago eso, regar la planta para poder ser amigo tuyo.

—Muy gracioso. No sé para qué me he molestado en decirte nada. Lo mejor es que me vaya. Hasta luego —le dije.

Me levanté muy decidida y, tras una última mirada, comencé a caminar. El sonido de mis zapatos resonaba en aquel silencio sobrecogedor. Antes de que pudiera escaparme, su mano me agarró por el hombro y me detuvo.

—¿Puedo acompañarte, por favor?

Su voz casi sonaba suplicante, ¿por qué mostraba tanto interés en mí?

—Bueno, como quieras.

Me rendí finalmente.

—Genial. Te acompaño a tu casa.

Me quedé perpleja con las libertades que se tomaba aquel chico, pero no rechisté.

El camino fue bastante agradable. Él me contó algunos intereses de su vida. Le encantaba montar en monopatín, era un aficionado a la música y el tiempo que tenía libre lo aprovechaba para leer toda clase de historias, sobre todo de intriga. Hacíamos una pareja extraña. Él hablaba por los codos y yo simplemente estaba callada. La confianza que depositó en mí me hizo sentirme mejor. Quizá sí que podríamos ser amigos. Empezó a llover y él me agarró de la mano y salió corriendo hasta llegar a mi portal.

—Espero haber hecho tu trayecto más corto que si hubieras caminado tú sola.

—No ha estado mal —le dije y sonreí tímidamente.

—Sabía que esa sonrisa tenía que aparecer tarde o temprano. Mañana va a salir el sol. ¿Quieres que demos un paseo por el parque?

—Bueno, vale.

Empecé a notar un calor subiéndome por las mejillas.

—Vendré a recogerte sobre las cinco. Hasta mañana.

—Adiós —susurré.

Me quedé sentada en el bordillo del portal, contemplando la lluvia que caía, con la cabeza apoyada en la pared. Un nuevo sentimiento estaba floreciendo dentro de mí. No sabía cuál o no quería aceptarlo.

Al día siguiente, a las cinco menos diez, yo esperaba a Daniel en las escaleras de mi portal. Esperé un rato, y a las cinco en punto le vi aparecer por la esquina. Apareció sonriente, como siempre. Sentí un hormigueo en el estómago y una extraña sensación de felicidad se extendió por mi cuerpo. El sol por fin asomaba después de varias semanas de lluvias y tormentas. Llegamos al parque. Los árboles estaban pelados y la escarcha que cubría la hierba empezó a derretirse bajo la cálida luz del sol. Nos sentamos en un banco, arropados por el relajante sonido del agua de la fuente que estaba a nuestras espaldas. También, no muy lejos de nosotros, había un hombre enseñando trucos de magia a unos niños, que estaban embobados con las maravillas que hacía aquel mago.

—¿Tú crees en la magia? —me preguntó Daniel con la mirada perdida.

—Por supuesto que no. Hay ciertas cosas que son imposibles, y conceder deseos con una varita es una de ellas.

—¿Crees que la magia es aquella que se hace con una varita? La gente que piensa así no tiene ni idea. La magia es algo más. Son los pensamientos que nos hacen sentir vivos, los momentos que nos hacen

ser felices y los sueños que deseamos cumplir día a día. Las mariposas que sentimos al estar enamorados o el cariño hacia un ser querido. Pero si tienes el corazón roto, triste y oscuro, nunca podrás creer en la magia. Celia, tus ojos transmiten sensación de angustia y soledad. Tienes que encontrar la paz en tu interior, y ver lo positivo que tiene la vida. La felicidad eterna no existe, pero tenemos que aprender a disfrutar los momentos que nos llenan de alegría. Porque, al fin y al cabo, la felicidad son los pequeños recuerdos que nos quedan grabados en el corazón por grandes momentos vividos, la satisfacción que sentimos al resolver un problema y la ilusión por aprender cada día algo nuevo.

Me quedé sin palabras. Sabía que Daniel era una persona muy especial, pero no tenía ni idea de la capacidad para expresar que tenía. En ese momento la pesada realidad cayó encima de mí, aplastándome por completo. Llevaba razón. Tanto tiempo centrada en la muerte de mi madre y en las desgracias que existían a mi alrededor me había mantenido aparte de lo que realmente importaba. Estaba atrapada en una burbuja negra que me absorbía por dentro. Tenía que reaccionar. Romper la burbuja y empezar a ver la luz. Daniel y yo seguimos quedando durante todo el invierno. Poco a poco, las flores de los árboles empezaban a florecer, al igual que lo hacían nuestros corazones. Cada día que pasaba estaba más enamorada de él. Me enseñó a ver la vida con otros ojos. Empecé a transformarme en otra persona, ya no era la misma. Dejé de ser la chica triste, callada y solitaria de siempre para convertirme en una persona alegre y simpática.

Acabaron las clases, y tras un sacrificado curso, el verano empezó. Daniel estuvo todo el mes de julio con sus padres en una vieja casa que tenían cerca de la montaña. Tuve tiempo para pensar ciertas cosas. La primera, que por fin tenía un amigo de verdad en quien podía confiar. La segunda, que aunque en mi corazón siguiera habiendo un vacío

infinito, tenía que aprovechar la oportunidad de vivir y disfrutar cada día como si fuera el último, ya que mi madre no pudo hacerlo. Y la tercera, la que más me importaba en estos momentos, era que estaba completamente enamorada de Daniel. Este sentimiento me inquieta, me mantiene alerta y preocupada. Es verdad que me siento más viva que nunca, pero tengo que confesar que me da mucho miedo. Nunca antes había estado enamorada y no puedo evitar pensar en el futuro. Si Daniel y yo llegáramos a ser algo más que amigos, ¿qué pasaría después? Me da miedo tener que tomar decisiones importantes, no me siento preparada, y supongo que tiene mucho que ver con mi inmadurez. Sin embargo, dicen que siempre tiene que haber una primera vez para todo, así que puede que en esta ocasión no sea la cabeza quien asuma mis actos, sino mi corazón.

Estuve todo el mes de julio leyendo, escribiendo y reflexionando, sobre todo, acerca del olvido. Ahora que Daniel no estaba, tenía miedo de que se olvidara de mí. Desde pequeña me ha costado expresar mis sentimientos, sobre todo los que tienen que ver con el amor y el cariño. El no mostrar lo que siento es como un escudo que me protege del dolor, de los comentarios y pensamientos de la gente. Es la sensación de estar sola en un mundo de extraños y sólo poder confiar en mí misma. Pero muchas veces el dolor que me callo duele más al saber que nadie sabe de mi sufrimiento y mis problemas.

Una noche, a principios de agosto, estaba en mi habitación tumbada en la cama, con la mirada puesta en el techo y los pensamientos surcando el tiempo. Conforme avanzaban las horas, empecé a relajarme y justo cuando mis párpados empezaban a cerrarse, un fuerte ruido me sacó de esa tranquilidad espiritual y me hizo levantarme rápidamente de la cama. El sonido provenía de la ventana, así que la abrí y me asomé. Miré varias veces a ambos lados, pero nada. La calle estaba

a oscuras, en silencio. Me tranquilicé al pensar que no había pasado nada, y me quedé mirando la nostálgica noche que hacía. Las estrellas brillaban más que nunca en lo alto del cielo. Me dispuse a cerrar la ventana, había sido un día largo y quería descansar, pero entonces escuché un susurro.

—Eh, Celia. Ya he llegado del pueblo. ¿Te vienes a dar una vuelta? Quiero hablar contigo.

—Pero mi padre... bueno, está bien.

Por un momento pensé en ser responsable y quedarme en casa, pero sabía que si lo hacía, dejaría escapar una gran oportunidad y, como me había prometido, tenía que fiarme de lo que quería mi corazón.

Me llevó a una explanada de césped que estaba en las afueras de la ciudad. Había preparado una manta para tumbarnos y ver las estrellas. Estuvimos largo rato hablando de nuestro verano y de las expectativas de futuro que teníamos. Después, el silencio se adueñó del lugar. Daniel me dio la mano y empezó a hablar.

—Esta noche es perfecta para ver estrellas fugaces. Cuando veas una tienes que cerrar los ojos y pedir un deseo. Pero no lo puedes contar, porque si no, no se hará realidad.

Estuvimos contemplando el cielo y, de repente, allí estaba, una gran estrella luminosa con cola de fuego descendía como una llama ardiente hacia el infinito. Desapareció igual que había venido, como un suspiro.

—¿La has visto? ¡Es preciosa!

Cerré los ojos tal y como Daniel me había dicho y pedí un deseo.

Ya entrada la noche, empezó a refrescar. Me froté los brazos para darme calor, pero él se dio cuenta y me abrazó. Cálida y segura. Sí, así

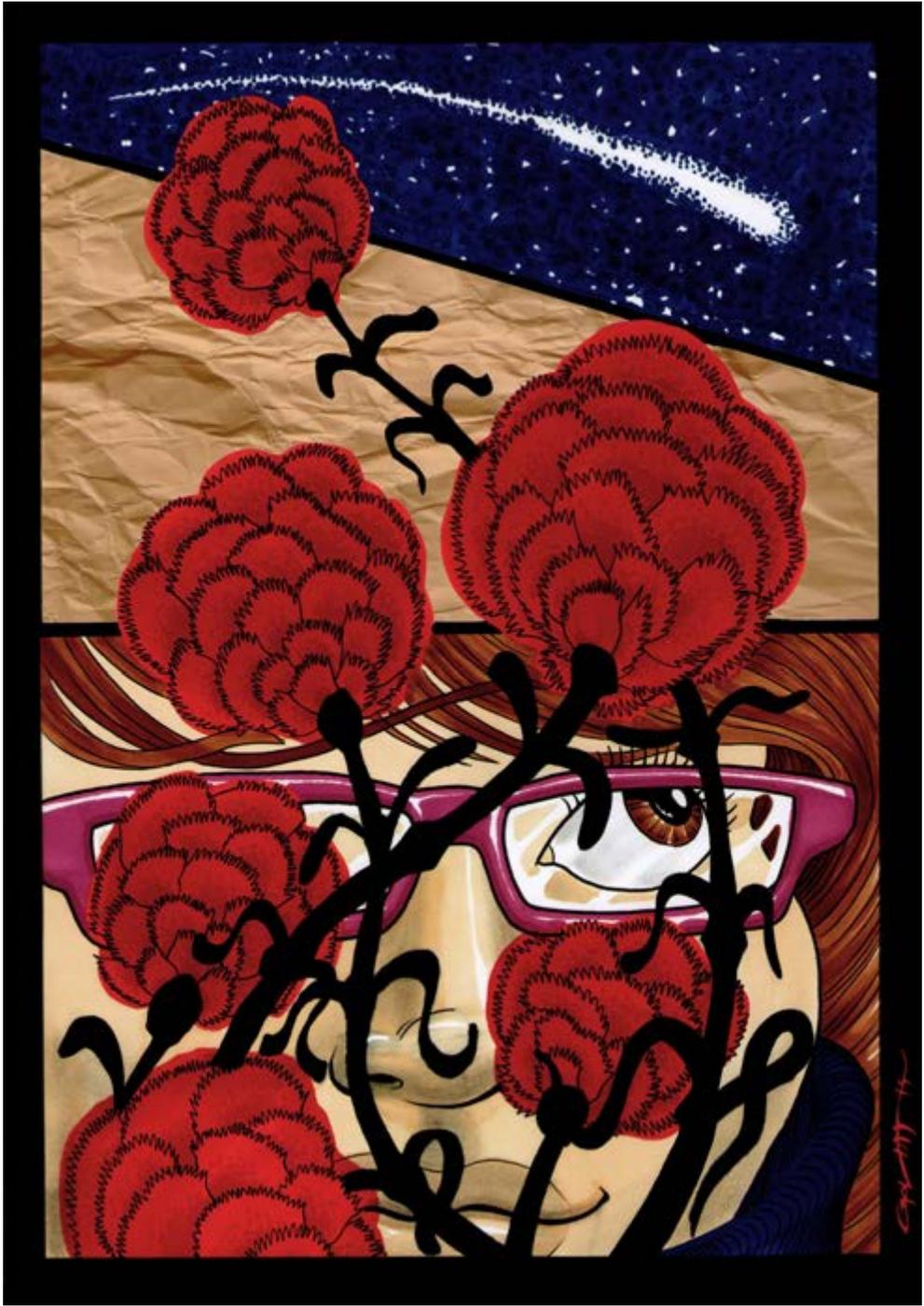
era como me sentía en sus brazos. Suavemente se separó de mí, me miró a los ojos y me besó en los labios. Sentí que el corazón se me paraba. Las estrellas nos observaban desde el cielo, como público de un valioso secreto. En ese momento, todo giraba alrededor de nosotros, éramos el centro del universo. Al igual que la estrella fugaz, el beso desapareció por el horizonte, sin dejar rastro.

—Ya puedo contarte mi deseo.

—Pero entonces no se cumplirá.

—Daniel, mi deseo se acaba de hacer realidad.

Me sonrió como nunca antes lo había hecho. La palabra que mejor describía este momento, era magia, porque no hay nada más mágico que el amor que sentía hacia ese chico de ojos azules, que tanto me había enseñado sobre la vida. Aún abrazada a él, miré hacia arriba, al cielo estrellado, y supe que mi madre me observaba desde aquel lugar lejano, orgullosa de mí.



Espadas y dragones

.....
Pablo Saura Manzanera

Equipo de Atención Educativa Hospitalaria y Domiciliaria de la Región de Murcia.
Aula Hospitalaria del H.G.U. Reina Sofía

Hay dos cosas que debéis saber de mí:

Primera: Me llamo Pablo.

Segunda: Estoy convencido de que la magia existe (soy normal, os lo juro.)

Hasta hace poco, yo era como vosotros. Tenía una vida normal y corriente, y pensaba que la magia y la fantasía eran cosas de niños. Pero, un día, me ocurrió una cosa que me cambió por completo la forma de ver las cosas.

Vivía en las afueras de la ciudad en un pueblo pequeño que lindaba con un bosque. Me gustaba ir a pasear allí con mi perro y me lo conocía como la palma de mi mano; por eso, me sorprendió que un día, cuando empezaba a anochecer, descubrí una cueva que no había visto antes. Estaba ya muy oscuro y apenas veía por dónde ir, así que decidí volver en otro momento, en el que contase con la luz del sol. Volví a mi casa y, cuando me acosté, me quedé pensando en la cueva misteriosa.

A la mañana siguiente, me dirigí al lugar donde estaba la cueva. Estaba situada en lo alto de un montículo de rocas y rodeada de árboles

y maleza. Empecé a subir y me golpeé la rodilla con algo metálico. Lo inspeccioné y tenía forma de... ¿escudo medieval? ¡Qué raro! Seguramente en el pasado se habían librado aquí numerosas batallas, pero de eso habían pasado ya muchos años y este escudo estaba en muy buenas condiciones, como si lo hubiesen dejado aquí hace unas semanas. Lo cogí y me sorprendió lo poco que pesaba. Bueno, un recuerdo de esta excursión.

Conseguí llegar a la cueva y entré. Era más grande de lo que había imaginado. De repente, oí ruidos de espadas chocando entre sí y, asustado, me tropecé con una piedra y me caí al suelo.

Con tanto ruido, debí provocar una avalancha o algo parecido, pues un par de rocas se desplazaron hasta la entrada y la taponaron totalmente. Miré al escudo que aún llevaba en la mano, estaba atrapado y no tenía ninguna forma de avisar a nadie. Genial.

A oscuras me levanté y busqué mi llavero linterna. Por una vez me servía para algo. Enfoqué a la cueva otra vez y lo que vi me dejó sin aliento. ¡La cueva era inmensa! Estaba deseando contárselo a mis amigos, iban a flipar con mi descubrimiento. Me puse a buscar alguna salida cuando me encontré con una armadura. Debía de ser de la misma época que el escudo, pero estaba igual de bien conservada. Esto empezaba a ser raro. Muy raro.

No sé por qué, pero intuía que era para mí, de modo que me la probé. Entonces, como si la cueva supiese que me había puesto la armadura, se encendieron unas antorchas y pude ver que en el centro había un altar con una espada. La cogí y pensé:

—Solo me falta el caballo.

En ese mismo instante escuché un ruido del exterior que sonó como un animal. La cueva empezó a temblar y cuando paró, había un agujero-

ro en un extremo. ¡Al fin una salida! Corrí al exterior y cuando vi lo que había fuera por poco me desmayo. Yo había pedido un caballo pero lo que me esperaba fuera era un enorme dragón negro

—Esto es cosa de magia —pensé.

El dragón se agachó y dejó ver una pequeña silla de montar en su lomo, me subí en él y alzó el vuelo. ¡"Uau"! La vista desde arriba era impresionante. Pude ver todo el valle donde nos encontrábamos y el inmenso bosque que nos rodeaba. A mi lado pasaron un par de bichos voladores que no conseguí identificar; de hecho, dudaba de que existieran. Todo parecía sacado de un cuento de hadas, hasta las nubes parecían mágicas. Al fondo apareció un castillo, no recordaba ningunas ruinas cerca de mi casa, así que la cueva no solo me había llevado a otra época sino a otro mundo.

Descendimos al lado del castillo y me apresuré a bajar. Era una arquitectura magnífica, las torres, las murallas, la gran puerta principal... Supuse que aquí aterrizarían dragones todos los días, pues a nadie pareció sorprenderle mi llegada. Miré a mi alrededor y vi a varios hombres trabajando en una herrería, las cuerdas llenas de caballos extraordinarios, un par de doncellas paseando y dos caballeros practicando con la espada. Entonces, uno de los caballeros desarmó al otro y se dispuso a matarlo. Todos los que observaban la escena contuvieron un grito de horror y comprendí que no estaban practicando. ¡Iba a matarlo de verdad! Corriendo cogí mi espada y con un grito de guerra, que no supe muy bien de donde salió, me planté delante de él. Paré su espada a tiempo y se percató de mi presencia, pues no esperaba ser interrumpido mientras llevaba a cabo su matanza. Me miró y, con un grito que dejaba adivinar lo enfurecido que estaba, me atacó con la espada.

Conseguí parar varios tocados sin saber muy bien lo que hacía. Era como si la espada me hubiese enseñado años y años de esgrima en tan solo unos segundos. Arriba, derecha, abajo, izquierda... por donde él intentaba meter la espada y dar el tocado final, ahí estaba yo para impedirlo. Seguimos así un rato en una dura lucha en la que los dos estuvimos a punto de morir varias veces, hasta que conseguí desarmarlo y tirarlo al suelo.

En ese momento llegaron un par de guardias y lo apresaron. El otro caballero al que había intentado matar antes, se quitó el casco y con la espada en alto le dijo:

—¿Quién sois y quién os ha ordenado acabar conmigo?

—Mi nombre carece de importancia, pero os diré que toda la corte de Bulder Dreek desea vuestra muerte.

—Llevadlo a las mazmorras. Philbin, mandad un pergamino urgente al castillo de Darso, informadle de que podríamos estar en guerra en cuestión de semanas y decidle que vaya preparando la caballería y la infantería.

—A la orden, mi señor.

Entonces se dirigió a mí.

—No os conozco, pero debéis saber que hoy habéis salvado la vida del rey de Hasmeroi. Ese hombre llevaba la armadura de mi escudero y por eso luchaba con él sin preocuparme. Me gustan vuestros reflejos y vuestra manera de luchar. ¡Diablos! ¿Dónde habéis aprendido? Sería un placer que entrarais a formar parte de mi guardia personal; dentro de poco estaremos en guerra con los Bulderinos.

—Bueno, yo... eh, esto... —no sabía qué contestar.

Hace una hora no era ni siquiera caballero.

—Veréis... me gusta más la soledad, no obedecer órdenes de nadie, comprendedme, ser mi propio jefe.

El rey puso cara de no entender nada.

—Quiero decir que voy defendiendo al que necesita mi ayuda.

—Bueno, en todo caso, sois bienvenido en mi castillo.

—Gracias, señor.

—Esta noche hay un banquete, sería estupendo contar con vuestra presencia.

Iba a rechazar la oferta cuando vi algo que me dejó sin habla. Una hermosa dama acababa de aparecer en la plaza. Su cabello negro le caía a ambos lados de la cara y tenía la tez más preciosa que había visto en mi vida. ¡Dioses! Empezaba a hablar como un caballero, tenía que salir de aquí enseguida. Aunque, quizás, no pasaría nada si me quedaba esta noche a conocer a la recién llegada.

—¡Padre! ¿Estáis bien? Lo hemos visto todo desde las almenas. Por un momento hemos llegado a temer por vuestra vida y la de este valiente caballero.

Supuse que las últimas palabras iban dirigidas a mí, por lo que no pude evitar sonrojarme.

—Esta es mi hija Elizabeth. Elizabeth, te presento a... no nos habéis dicho vuestro nombre...

—Lord Pablo.

—¿Pablo? ¡Qué nombre más raro! ¿De dónde viene?

—Del norte.

—Un placer, conoceros, milord —dijo Elizabeth—. Mi madre, yo y todos los habitantes de Hasmeroi os estamos agradecidos.

—El placer es mío, mi señora.

¡Y tanto que era un placer! ¡Menuda belleza!

En ese momento el rey, que llevaba un rato pensativo, me dijo:

—Como agradecimiento por la ayuda prestada hoy al reino, me gustaría ofreceros la mano de mi hija.

Puse cara de sorprendido e intenté decir algo, pero en ese momento sonó un fuerte pitido.

Me desperté y lo primero que vi fue el despertador anunciando la llegada de un nuevo día. Y entonces lo comprendí.

La magia existía, la habían descubierto millones de personas antes que yo y la habían usado a diario. Solo que yo la conocía con otro nombre, el de un lugar al que podía ir siempre que quisiese: El país de los sueños.



A mi amiga la magia

Anna Pérez Carreras

Aula Hospitalaria del Hospital Clínic de Barcelona

Jamás habrá historia más triste que la que no se ha contado nunca. Así como la de las partes más oscuras de los relatos que tanto hemos oído a lo largo de nuestra existencia. Y es que desde la infancia nos han dividido el mundo entre bien y mal; blanco y negro; gloria y desgracia; vida y muerte.

Jamás habrá historia más triste que la tuya. Jamás habrá historia más triste que la mía. Jamás habrá historia que iguale la que nosotras, lenta y dolorosamente, creamos.

Nos decían que era cuestión de tiempo, pero nosotras no les creíamos. Éramos felices en nuestro mundo de fantasía; en nuestra burbuja perfectamente equipada con cuentos de hadas y maravillas, que jamás habría sido capaz de encontrar sin ti. En esos tiempos no necesité nada que tú no me dieras, aunque en realidad no me dabas nada; tan solo me convencías para que soñara y viviera lo que quisiera vivir.

Pasaron los años y, con ellos, nuestra burbuja creció tan lenta e imperceptiblemente como yo. Empezamos a sentir cómo el paso del tiempo nos distanciaba; empezamos a sentir cómo sus predicciones se hacían realidad y, con ellas, nuestras peores pesadillas.

Las dos sabíamos que estábamos perdidas, pero nunca lo mencionábamos. Sentíamos que, si lo hacíamos, la verdad se impondría más fuerte que nunca entre nosotras. Muchas veces lamento nuestra cobardía; pues si no fuera por ella, quizá hubiera podido despedirme de ti. Y es que la madurez no tardó mucho en encontrarme; destrozó nuestro escondite secreto y me arrancó de ti.

Recuerdo cómo tus ojos, inundados de pesar y desgracia, no derramaron ni una sola lágrima. Por entonces era demasiado pequeña para entender tu fortaleza. Creí que todo había sido una farsa; que en realidad no me habías querido nunca. Sentí un dolor que jamás había sentido antes; este era insoportable pero, sin embargo, no encontré ni un rasguño en mi cuerpo.

Más tarde comprendí que el origen de tu fuerza era la experiencia. No era la primera ni la última vez que la madurez te desgarraba el corazón. Recuerdo cómo mi resistencia era inútil ante su fuerza; cómo mis sollozos eran silenciados por su dureza.

Desde aquel momento dejé que la tristeza me meciera con dulzura entre sus brazos; dejé que la oscuridad me acariciara a pesar de mi odio hacia ella. Sentía tan lejos tu luz, que olvidé cómo tu calor solía consolarme; olvidé qué era sentirse querida porque el frío me decía que jamás me dejaría escapar.

La muerte me convenció de que yo no pertenecía al mundo, y su cómplice, el viento, me susurraba palabras bonitas para que fuera con él. Olvidé todos los recuerdos que me hacían sonreír y mis lágrimas eran tantas que me ahogué en ellas en un mar de dolor.

Jamás volví a saber de ella, pero a veces puedo sentirla; a veces pienso que sigue viviendo en mí y que, algún día, seré suficientemente fuerte para encontrarla.



Relación de Aulas Hospitalarias participantes en el VIII Certamen Nacional de Relatos “En mi verso soy libre”. Edición 2015

CASTILLA LA MANCHA

Hospital Alcázar de San Juan, Ciudad Real
Hospital General Universitario de Albacete
Hospital Universitario Nuestra Señora del Perpetuo Socorro
de Albacete
Hospital General Universitario de Ciudad Real

CASTILLA-LEÓN

Hospital Clínico Universitario de Valladolid
Hospital Río Hortega de Valladolid

CATALUÑA

Hospital Clínic de Barcelona

EXTREMADURA

Hospital San Pedro de Alcántara, Cáceres

GALICIA

Hospital Xeral Cés, Vigo

MADRID

Hospital General Universitario Gregorio Marañón

Hospital Infantil Universitario Niño Jesús

Hospital Universitario Fundación Alcorcón

Hospital Universitario de Fuenlabrada

Hospital Universitario de Getafe

MURCIA

Hospital General Universitario Morales Meseguer

Hospital General Universitario Reina Sofía

Hospital General Universitario Santa Lucía, Cartagena

Hospital Clínico Universitario Virgen de la Arrixaca

VALENCIA

Hospital Universitari i Politècnic La Fe

AGRADECIMIENTOS

Instituciones y entidades patrocinadoras del VIII Certamen Nacional de Relatos “En mi verso soy libre” 2015



Publicaciones recientes de la Consejería de Educación, Cultura y Universidades

www.educarm.es/publicaciones

- [Aprendemos con los dinosaurios. Proyecto desarrollado para Educación Infantil / Lydia Martínez Campoy](#)
- [Leo, leo... ¡El león! / Ana Alonso Castelo; il. M.ª Dolores Fernández Seguí, M.ª Soledad Blanco Ramos y Josefa Pareja Sánchez](#)
- [Unidad didáctica "Somos artistas" Educación Infantil / Ana M.ª Redondo Rocamora, Ángeles Gallardo González y Juana M.ª García Soto](#)
- [Poncho. El niño que quiso ser hada / Juan Pedro Gómez](#)
- [Análisis de la evolución del alumnado, profesorado, inversión y resultados de las enseñanzas de régimen general desde el curso 2000-2001 al curso 2010-2011 / Josefa Moreno Molero](#)
- [Las ideas previas del concepto "industria" en el alumnado de Geografía de 3.º de la ESO / Carlos Martínez Hernández](#)
- [Guía práctica de higiene postural para docentes / Pablo Ortega Cañavate y Alicia Carrillo Cayuela](#)
- [En mi verso soy libre: relatos 2014 / Certamen Nacional de Relatos \(7.º 2014. Murcia\)](#)
- [Manuel Rivas Barrós "Todo es silencio" guía de lectura / Laura Peñafiel Vera, Vicente Roca Conesa, Fulgencia Martínez Sánchez](#)
- [Vicente Luis Mora "Alba Cromm" guía de lectura / María José Benítez Castejón, Nora Bravo Poyato, Juan de Dios García Gómez, Antonio Jiménez Morata, Antonia Hernández Rosique y María Martínez Morales](#)
- [Prevención de conductas que dificultan la convivencia: guía práctica educativa / M.ª Elena de Jorge Martínez](#)

EN MI VERSO SOY LIBRE. RELATOS 2015. VIII Certamen Nacional de Relatos

Este libro está compuesto por relatos presentados en el VIII Certamen Nacional de Relatos "En mi verso soy libre", organizado por la Consejería de Educación, Cultura y Universidades, dirigido al alumnado de las distintas Aulas Hospitalarias y de Apoyo Domiciliario del Estado español. Se trata de un proyecto que trasciende a las actividades de animación a la lectura y la escritura, persiguiendo conseguir que el niño o adolescente en esta situación pueda utilizar la palabra

como refugio y aprenda a disfrutar de la libertad que esta nos regala.

Este año la consigna de los cuentos de En mi verso soy libre ha sido "La Magia". Y como quiera que la imaginación de los niños no tiene límites y agradece cualquier excusa para manifestar de lo que es capaz, con tan sugerente propuesta los niños que han participado en esta ocasión han enviado cuentos "mágicos" para todos los gustos y de todo tipo.

